

TIBIO
TÉMPANO
DE NUESTRA
CALIDEZ



DANIEL MATURANA

Aguja Literaria

D.J.57

**TIBIO TÉMPANO
DE NUESTRA CALIDEZ
Daniel Maturana**

Aguja Literaria



PRIMERA EDICIÓN

Diciembre 2018

Editado por Aguja Literaria

Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago - Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: agujaliteraria@gmail.com

Sitio web: www.agujaliteraria.com

Página facebook: [Aguja Literaria](#)

ISBN: 9781791617578

DERECHOS RESERVADOS

Nº inscripción: 294.079

Daniel Alex Maturana Caballero

Tibio témpano de nuestra calidez

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático

TAPAS

Imagen: Lisette Manzo

Diseño: Lisette Manzo

ÍNDICE

Capturada

Distracción

Directrices

Lento desfile hacia lo profundo

Lealtad

Retorno

Lejanía

Cautivo

Ganancia

Giros

Gusanos

Genialidad

Acerca del autor

CAPTURADA

Relato en primera persona de Morena Cabello

Durante tres días me he cuestionado si volver o no a la reunión anual de inserción laboral de periodismo. El giro tomado fue absolutamente sorprendente, incluso para mí, porque el programa de la Policía de Investigaciones era bastante novedoso. Bueno, heme aquí, a punto de entrar a un lugar lleno de soberbia y ego, cargado con una mística de grupo selecto que apenas alcanza para los fanáticos de la palabrería que excusan la falta de carácter y la búsqueda de oportunidades. Maldigo a los que me obligaron a venir, pero no tengo más opción; es increíblemente abrumador el peso de la obligación por ser premiada en investigaciones. Ni siquiera invitaron a los rostros funestos de los noticieros que ya olvidaron el sentido estricto del periodismo.

—¿Puedo fumar acá?

Me giro y veo a un desconocido hombre de bigote grueso y camisa envejecida.

—Sí, claro, no soy la dueña del lugar.

—Lo digo porque podría molestarle.

—Pierda cuidado —respondo con desaire—, somos libres acá fuera.

Tras caminar unos cinco minutos en círculo, casi como víctima de un lugar que no conozco, decido entrar y me arriesgo a acercarme otra vez a la entrada donde veo que el señor del bigote sigue con deseos de hablarme. Da igual, le esquivaré y pasaré directo a lo mío.

—¿Nerviosa?

Ahora una voz femenina habla a mis espaldas.

—Para nada. ¿Quién eres tú? —Mi intención es marcar distancia.

—Pamela Lara, soy la organizadora del evento, te contacté por correo hace unas semanas.

—Ah pues, perdóname el tono, no acostumbro a dar a conocer mi trabajo en público y me siento algo abrumada. Prefiero hacer mi labor en forma discreta y sin rimbombancia.

—Entiendo, pero en nuestra realidad actual, el gremio está súper desacreditado por el Caso Cheques.

—Una ridiculez si me preguntas a mí. Los periodistas tenemos espacio para el error, pero al parecer la opinión pública prefiere achacarnos a nosotros las culpas.

—Yo diría que el empresariado en bloque metió sus narices en demasía en los grupos periodísticos. Es a ellos a quienes les conviene que el Caso Cheques quede como una mala información de nosotros.

—Bueno, me da igual, sinceramente. Quiero hacer mi parte acá y retirarme, hay mucho trabajo aún. —El tono que utilizo no intenta disimular el ahogo que siento.

—Me queda claro que no te gusta la exposición mediática, pero por esa razón debemos mostrar que el periodismo tiene mayor presencia y ética que otras profesiones. No te preocupes, nadie cercano a la farándula está invitado y tu discurso no será difundido, eso se aclaró bajo amenaza de destruir el perfil público de quien se atreva.

—Bien, me parece perfecto. —”Linda manera de mostrar la ética”, pienso para mis adentros.

Al entrar me sorprenden las luces del lugar, tal parece que no quieren a nadie durmiendo. Los focos son de un blanco eneguedor y bastante inspirador, debo decir, su brillo se pierde en el óvalo del salón de la Diego Portales. Los asistentes están ordenados, esperan pacientemente mi intromisión. Mientras tanto, el presentador recita una ficción sobre mi vida:

—... periodista y analista de sociedad desde sus primeros años de estudiante. Ha incursionado en la investigación policial gracias a su tesis *La cultura local nos hace y deshace como individuos*, donde analiza la culpabilidad de la sociedad en la manera de ser de las personas y la responsabilidad que tenemos de quitarnos las ataduras de la civilización imperante...

—¿Esa soy yo? —le pregunto a Pamela.

—Pues sí —responde con una sonrisa amplia y placentera.

—Parece un personaje de novela, no puedo reconocerme.

—Eso es malo para la divulgación. Estoy convencida de que deben conocer tu obra. Persuádate de que eres un aporte a esta sociedad superficial tan abrumadora.

Mientras hacemos estos comentarios un tanto superfluos, el presentador me engrandece con pergaminos artísticos:

—... dueña de una personalidad envolvente, madre ejemplar y defensora del rol de la mujer en la sociedad igualitaria. Sin más preámbulos, dejo con ustedes a... Morena Cabello.

Tras dos minutos de aplausos que me incomodan bastante, trato de imaginar cómo comenzar un discurso sobre mi trabajo de campo. No es fácil hacerlo de persona a persona, menos aquí frente a un grupo de envidiosos y chismosos. Recurriré a lo clásico.

—Muchas gracias a todos por asistir. Recibí la invitación de Pamela para venir y contarles sobre mi participación en la investigación realizada contra la asesina serial Simona Ferrara. Bueno, es extraño hablar de participación cuando prácticamente dirigí el caso, pero verán que usé herramientas etnográficas para aprender sobre la vida de Simona. Por razones obvias no puedo entregar detalles, pero en la charla notarán que los llevaré hacia el que, a mi parecer, es el concepto clave para entender el modo de actuar de esta impresionante, triste y desgraciada asesina. Debo aclarar también que el premio recibido por el Colegio de Periodistas irrumpió en mi forma de hacer las cosas. El secretismo que me gusta llevar hasta finalizar mis investigaciones fue interrumpido de forma abrupta cuando el caso se dio a conocer a las masas. Es por eso que estoy acá, convencida de que me servirá como terapia de desahogo de todo lo vivido, puesto que mi equipo y mis representantes estarán a cargo de comunicarles cómo se logró la captura de Simona. Mal que mal, hasta este día sus asesinatos no son comparables a otros porque no los conocen a cabalidad. La academia ha hecho un excelente trabajo en no divulgar hasta tener la película completa, pero el abogado de Simona ha presionado bastante al respecto. Así, pienso que mi premio como periodista y el reconocimiento como investigadora no hacen más que quebrar el paradigma de discreción que intentaba sostener hasta el juicio. En mi relato, producto de investigaciones realizadas durante quince meses, verán que traté de hacerme una figura de ella al no conocerla en persona, lo que solucionaré la próxima semana, cuando esté cara a cara con ella en el interrogatorio.

»Comenzaré explicando que Simona Ferrara proviene de una familia refugiada de la Segunda Guerra Mundial, aunque no con el estilo de vida que imaginamos. Fue abandonada a los seis años en un hogar de menores y es probable que no conozca a sus padres o que no tenga recuerdos de ellos, dado que la persona que la dejó no era un familiar directo. Los últimos días los pasó en la comunidad de Gultro, aburrida de la vida común y empecinada en compensar sus atrocidades con servicio social, pero de eso hablaré luego.

»Simona Ferrara nació el 13 de julio de 1995 en la ciudad de Rancagua, capital de la VI Región, para los más capitalinos. Su padre, Edison Ferrara, era oriundo de Valparaíso, posiblemente llegado desde Venecia, aunque los datos

nunca pudimos corroborarlos; sí sabemos que vino con su padre, abuelo de Simona, cuya identidad se mantiene en secreto. Creemos en el grupo de investigación que esto se debe a que el caballero en cuestión participó en crímenes de guerra o alta traición en los albores de la Segunda Guerra Mundial. No encontramos en los registros de los gobiernos de la época algún indicio de sobrenombre, apodo o directamente cambio de nombre, por lo que el apellido Ferrara pudiera ser el original. Igual nunca descartamos la opción de un cambio y en un intento más por cumplir con la labor profesional, veremos si Ferrara sabe algo respecto a su origen, pero es muy probable que no. Insistiré desde este punto que una suma de circunstancias fortuitas y otras trabajadas construyeron el arquetipo de asesina serial que se le ha otorgado. Si bien parte de mi equipo piensa distinto, es decir, creen que ella fue capaz de generar una red de seguimiento de sus asesinatos de tal forma que encontró un factor común, para mí todo recae en un juego de Simona. Un juego tan peligroso y despiadado que los relatos que van a escuchar los sorprenderá y tal vez no serán capaces de reconocer los hechos desde el imaginario artístico, es decir, en ninguna película ni en otro asesino conocido de la historia verán algo similar. No estoy exagerando, así que presten mucha atención porque no podré mostrarles fotografías ya que la investigación está en curso, pero también por ética, pues lo visual solo alimentaría el morbo.

»Recuerdo bien cuando el caso cayó en mis manos y fui invitada a participar en el grupo de investigación. El comisario Raúl Serna me advirtió que tal vez no vería nada igual y no se equivocó; las fotos, los relatos de testigos y las conclusiones previas de mis colegas aturdían y destruían mentes. Imagínense lo que fue para mí; luego de cursar periodismo, saqué mi grado profesional en la fuerza policial. Habían pasado solo cuatro años cuando este caso, plagado de sangre y deterioro mental, llegó como una especie de premio cruel por mi experiencia en cultura y sus efectos en las personas. Por poco no acepté, pero sentí el deber de encontrar respuestas ante algo tan perturbador y esquizoide. En mi memoria siempre quedarán las imágenes de los primeros crímenes que cometió, todos comprobados. Otros se sumarían a la lista, pero solo dos están confirmados hasta la fecha. En total serían cuatro asesinatos de personas con perfiles tan diferentes que mis sospechas de que el motivo principal era la entretención tomaron cada vez mayor fuerza, aunque debo confesar que durante los primeros cuatro meses intenté armar una línea entre cada evento para convencerme de que existía una concordancia entre el decir, el actuar y el planificar. Pero no, el asesinato de Ignacio Lorca me confirmó que no existía un

patrón y que todo lo que me esforcé por hacer coincidir fue producto de la casualidad y el azar. Fue triste ese momento, se los digo con seriedad, no sabía si debía seguir por un cumplimiento profesional o abandonar al ver mis propias convicciones golpeadas. Si bien es amplia la introducción que estoy haciendo, puede que noten que a nivel personal el caso me tocó profundamente, más allá del hecho de que sea sobre una asesina serial despiadada. Siento ese aire de comunicación de género que me motiva a entrevistar e interrogar a Simona, deseo saber sus motivos, por más descabellados que sean, porque yo me juego el cien por ciento en que el factor común es uno: el juego y la diversión. Ferrara armó un espectáculo de circo alrededor de sus asesinatos, se preocupó por dejar testigos claves para divulgar sus atrocidades y lo que es peor: intentó que familiares cercanos a sus víctimas supieran de sus muertes a través de fotos, videos y cartas de su puño y letra. Todo fue un *show* que me terminó de desilusionar a partir del mes seis de la investigación, en especial con las cartas que Ferrara envió al arzobispado de Santiago incitando al odio a la Iglesia por ocultar los malos tratos en los Hogares y encubrir a los curas que dejaban que la jungla fuera natural en esos nichos. Si bien pareciera loable su motivación, resulta que el asesinato del padre Chicho fue una exageración, perfectamente podría haber atacado a los involucrados que estaban asociados a las supuestas redes de pedofilia.

»Si bien, pareciera que la investigación debió virar hacia la red de pedofilia encubierta en la organización católica, no podemos perder el foco de que las trágicas muertes de hombres y mujeres en el camino de Ferrara son más potentes que cualquier teoría de conspiración o redes ocultas, sobre todo si no se ha podido comprobar su existencia. También hay mujeres involucradas en este asunto. Debemos corroborar con ella la información que nos dio la madre Celeste, una de las encargadas del Hogar donde estuvo Simona Ferrara. Supuestamente Simona era lesbiana y tuvo una relación desde temprana edad con Claudia Marchant, una de las adolescentes mayores con quienes compartía en ese Hogar. La arista del lesbianismo es otra temática que abordaremos a lo largo de nuestra conversación, puesto que las pistas podrían converger en una especie de venganza por género, dando a entender que Claudia, que murió a manos de Simona, era recurrentemente violada por sus compañeros, dato que no podemos asegurar ni desmentir, pues se encuentra bajo investigación.

»Ahora sí, para cerrar esta pincelada general, les diré también que un extraño hecho tiene probabilidades de destruir mis argumentos y los de mi equipo: Simona era en extremo estudiosa y metódica. En cada jugada que hizo

nos cargó de pistas falsas, desviaciones, crueldad innecesaria y destrucción de vidas familiares. Les pido entonces que escuchen con altura de miras, porque se darán cuenta del factor común del trastorno obsesivo de Ferrara, ese que muchos no encuentran: la diversión; tengo fe en que ella misma me lo corroborará.

»El primer caso descrito en los archivos es el de Francisca Urra, una pordiosera del barrio Estación en Santiago. Lo anecdótico y altamente llamativo del primer asesinato es que la encontramos en Rancagua, bien vestida y en una plaza insignificante que ni siquiera tenía nombre. Le faltaban tres dedos en cada mano y al parecer había bebido alguna especie de veneno que se activó en su sistema a las tres horas, posingesta. Desde ya quisiera aclarar que no encontramos violencia en escala, sino azarosa; al menos no hemos descubierto por ahora un patrón de conducta en la forma de actuar de Simona con sus víctimas. Tengo aún recuerdos de que el caso fue tomado como una muerte sin sentido, tal vez efecto de una riña callejera, pero el hecho de que detectáramos el veneno y de que estuviera bien vestida me quedó dando vueltas. Urra era una expolicía que se desempeñó como guardia de seguridad en un supermercado. El grado que alcanzó fue cabo primero, pero un accidente en moto le dejó una cojera evidente que nunca superó. Casada y separada tras diez años de matrimonio, cayó víctima de la drogadicción y se lanzó a la calle como medio de subsistencia. No tenemos referencias de sus hijos, al parecer la relación era nula con ellos; tampoco descartamos que su marido fuera el que evitó que los viera. Urra vivió así por casi diez años, se bañaba una vez cada dos meses o cuando la mojaban los carabineros, no por maldad, sino por salud pública. Datos adicionales sobre ella no existen, era una mendiga más. Las relaciones entre ella y los casos siguientes solo pueden asociarse al concepto de personas que no tienen aportes a la sociedad. Esto no es algo que defina yo, sino que es la conclusión a la que el grupo de investigación llegó con los análisis. Si se preguntan cómo relacionamos a Simona con este caso, les diré ahora la razón, para no dejarla pendiente en la ronda de consultas: el ADN es la respuesta, simple y puro ADN. Analizamos parte de la piel de Francisca y encontramos leves rastros de fluidos, seguramente porque Simona intentó limpiar el exceso. Ella estaba en los registros porque justo cayó en las jornadas de identificación genética de extranjeros durante el plan gubernamental de 2001 que apoyaba al Proyecto Genoma Humano. Simona fue propuesta por el Hogar Venir a Mí, tras comprobar que tenía sangre con descendencia italiana. Tampoco supimos qué se concluyó con esos datos y, por supuesto, desde el gobierno de Estados Unidos no recibimos mayor información. El tema puntual es que ella estaba identificada en

la escena y como también fue parte del mundo de la calle, teníamos un posible vínculo. ¿La amenazaron?, ¿la violaron?, ¿se aprovecharon de ella? Acá se sorprenderán; no existe forma concreta de unir las vidas de Simona y Francisca Urra, es como si ella hubiera sido teletransportada al lugar. Sin embargo, tenemos un dato importante: compró el pasaje. En las cámaras de la Estación Central, pudimos identificarla perfectamente comprando el pasaje a Rancagua en un movimiento astuto, porque alguien vestida en forma muy similar compraba otro boleto al mismo destino con unos diez minutos de diferencia.

»Pese a que pudimos posicionar a la asesina en el espacio-tiempo de la situación, no encontrábamos el motivo para que estuviera ahí. ¿Por qué alguien como Simona decidiría matar a una doña nadie como Francisca Urra? La respuesta tal vez se entienda con el segundo asesinato, dejaré que ustedes mismos vayan armando este rompecabezas.

»Enrique Machado fue el segundo en la lista serial de Simona Ferrara. Machado era un contador medianamente exitoso con una vasta clientela, pero ludópata y sin familia cercana conocida. No mencioné la edad de Francisca, pero bordeaba los sesenta años; Machado, por su parte, tenía treinta y dos al momento de morir. Lo encontramos en una playa extensa y casi sin habitantes en el sector de Guapilacuy, al noroeste de Ancud en Chiloé. Enrique tenía unas cuantas deudas, nada particular con respecto a la realidad del resto de la población, lo que debilitaba la tesis de asesinato serial. Nuevamente, ¿por qué llegó a nosotros? La respuesta es que, al evaluar el caso, brutal por lo demás, los análisis de ADN señalaron de nuevo a Simona. Esta vez nuestra asesina pareció verse atacada por un espíritu de arrepentimiento, pero bien especial. Enrique fue drogado casi hasta la inconsciencia, hallamos en su cuerpo opiáceos en concentraciones que aseguraban el debilitamiento del sentido del dolor. Lentamente, en una ruta corporal que pudimos seguir, Simona le roció un fuerte ácido sulfúrico concentrado hasta dejarlo en los huesos, parecía que lo hubiera atacado un grupo de pirañas. Las fotos son impresionantes y crudas, casi simulan poses para ser mostradas. Este es uno de los misterios que quiero consultar directamente con Ferrara, ¿por qué se volvió marcadamente más violenta entre el primer y segundo asesinato? El tiempo entre uno y otro fue menos de un mes y las pistas policiales al respecto eran nulas. El caso no se transmitió por la televisión abierta y en Internet no creyeron que la historia fuera cierta. Abandonado a su suerte, el cuerpo de Enrique pasó tres días a la intemperie antes de que un pescador descubriera una masa abstracta con silueta de ser humano. Pese a que nos convocaron a Chiloé para investigar el cuerpo, aclaré

que no tenía sentido dejar que avanzara el proceso de descomposición y permitimos que las autoridades locales se encargaran del cadáver.

»Lo anterior me obligó a usar contactos en la isla para recabar datos y descubrir algo que apuntara a un factor común de nuestra asesina. A medida que recopilábamos la información, pudimos construir la hipótesis de que estábamos frente a una disfunción emocional por abandono a temprana edad. No fue fácil aceptar que el sujeto de estudio era un asesino común y corriente, pero con locura suficiente para matar personas sin conexión entre sí y afinando los detalles justos como para mostrar lo que hacía. Ese parece ser el objetivo clásico, mostrar el producto final; sino ¿para qué darse el trabajo? Simona Ferrara cometió crímenes terribles, pero sin la foto, la divulgación o el morbo hubiera sido imposible saber de ella. Es más, pienso que, si no hubiera hecho parafernalia del asunto, tal vez no la habríamos pillado. El tema se complica ahora que está en nuestras manos, tenemos miedo de destruir las teorías que hemos proclamado sobre el comportamiento de Simona y que el equipo se desmorone. Sin embargo, eso es un precio alto por una tipa que, para entendernos entre nosotros, construyó un camino cuerdo dentro de su locura, según apuntan todas las evidencias.

»A continuación, mencionaré un detalle sobre su tercer asesinato antes de hacer un pequeño descanso. Les adelanto que corresponde a un crimen cambiante, sutil a más no poder. Nos vemos al rato.

Distracción

Odio estos cafés de relleno. La gente solo viene a comer a los eventos de este tipo, los canapés son más importantes que mis palabras. Espero que no se retiren muchos y puedan hacerme las preguntas adecuadas.

—¿Qué tal la cosa?, ¿todo bien? —pregunta Pamela cuando me ve afuera de la sala.

—Sí, todo bien, ningún problema. Solo pensaba que la gente podría retirarse pronto.

El hombre del bigote que se topó conmigo un rato antes vuelve a aparecer.

—¿Puedo adelantar las preguntas? —interrumpe.

Soy incapaz de ocultar mi contrariedad, así que sigilosamente le hago señas a Lara para que lo convenza de retirarse.

—Es preferible que las guarde para el final, señor Cerón.

—¿Lo conoce?

—Por supuesto —confirma Pamela delante de él—, es un veterano en el círculo, periodista experto en leyes... No sé su nombre, estimado, pero tengo claro que le dicen señor Cerón, como al famoso inspector chileno de fines del siglo XIX.

Hago memoria y recuerdo un poco a ese Cerón, el famoso, era conocido por reabrir investigaciones de casos congelados en el tiempo que se sobreseían.

—Es un halago para mí, muchas gracias. Dejaré mis consultas para después, entonces.

—Disculpe, caballero. —Lo atajo antes de que se vaya, algo en su apariencia llama mi atención—. ¿Usa usted una peluca? Sin ánimos de ofender.

—No, señorita, solo es una exageración de tinte.

Unas risas falsas salen de nosotras, el individuo nos acompaña con una tos ronca.

—Bueno, al rato hablamos entonces —concluye antes de retirarse.

—Como guste, señor Cerón.

Aunque ha despertado un poco mi curiosidad, su nombre real me importa bien poco en este momento. Debo recuperar el ánimo para volver a la charla.

—Tengo energéticas atrás en la cocina, si quieres te traigo.

—Muchas gracias, Pamela, pero por ahora prefiero este expreso que está de

maravilla.

—Calidad inglesa, no podemos tener cosas de baja calaña acá.

—Pero dice hecho en Francia.

—Bueno, calidad europea entonces.

Después del simpático episodio, procedo a seguir con mi charla. Espero no alargarme mucho, hay mucho trabajo aún y debo volver a él.

El auditorio ha cambiado un poco. El brillo de las luces se ha reducido de forma considerable, se ven más tenues; aparte, el público se redujo entre un quince y un veinte por ciento.

Justo antes de subir al podio, Pamela me anima a ponerle más color a la última historia que estoy a punto de contar; a diferencia de las otras dos, esta ya es conocida por el público y la prensa, aunque es cosa de un par de días para que se filtre el resto de la información. Odioso país copuchento e insensato.

Antes de comenzar, la voz del presentador me anuncia de nuevo. Es hora de continuar con mi soliloquio.

—Bueno, les comentaba antes que el tercer asesinato de Simona fue más sutil y delicado, como si hubiera aprendido a hacerlo mejor. Será el último del que hablaré porque, como sabrán, son los únicos inéditos entre comillas; los demás han sido difundidos en las redes sociales y un par de días en televisión. Si se preguntan por qué los expongo acá, la razón es que no quiero perder la novedad de algo que me llevó mucho tiempo descubrir. No doy más de una semana para que estos tres casos se sepan; pese a que tengo un poco de confianza en que no saldrá de acá la información, el correo de las brujas es inevitable. Cumpló con guardar los detalles de la investigación que no serán revelados jamás, pero comento con ustedes lo escabroso y extraño.

»Nuestro tercer caso es el de Juanita Gamboa, relacionista pública; estaba cesante al momento de morir y hemos descubierto que tenía tendencias suicidas. Hasta aquí pareciera que las víctimas son personas con un perfil de bajísima autoestima. Gamboa fue encontrada una fría mañana de junio en las afueras de una casona abandonada cerca del cerro Cárcel de Valparaíso. La casona había estado deshabitada por lo menos unos veinte años y era ocupada por mendigos y jóvenes que querían carretear. En el momento de encontrar el cuerpo, la casa tenía comprador, y aquí viene lo potente: era propiedad del Hogar Venir a Mí. Sé que pensarán que acá podemos atar un cabo suelto, pero a mi juicio los dos primeros asesinatos se pueden interpretar como ejercicios de calibración y ajuste, mientras que este tercero fue la prueba de fuego en el entramado final. En esa misma casona encontramos al padre Ignacio Lorca o Chicho, como le decían,

tiempo después. Probablemente fue el objetivo final de Simona, la razón de todo, o al menos eso parece.

»Recuerden que tenemos dos asesinatos más que para el público han sido los primeros durante mucho tiempo, pero en una semana o menos estos tres que les estoy comentando ahora saldrán a la luz y se armará un falso rompecabezas. ¿Por qué? La lógica dice que si el padre Chicho u otra persona a cargo del Hogar caía en manos de Ferrara se detendrían los asesinatos, pero existen más casos documentados con testigos posteriores al caso del padre Lorca. Los primeros tres de los que he hablado hoy demuestran la locura desatada de Simona Ferrara, se detecta en ellos el clásico efecto del clic mental de no ser capaz de detener el deseo de matar. Tal vez debería parar mi intervención en este punto, pero seré prudente con la invitación y les contaré cómo encontramos a Gamboa en Valparaíso. Déjenme tomar un poco de agua.

»Caminaba cerro arriba desde la parada del ascensor Reina Victoria (creo que así se llama) junto a dos de mis compañeros de investigación y un oficial de servicio entrenado en combate cuerpo a cuerpo. Recuerdo que en el camino teníamos un mal presentimiento, algo nos decía que descubriríamos algo definitorio para bien o para mal. Estábamos conscientes de que el caso se alargaba en extremo, en la escuela nos dijeron que enviarnos a Valparaíso había sido mucho favor; por otro lado, nos preocupaba dar con una pista sustanciosa para nuestros intereses. En ese minuto solo teníamos el ADN, pero no habíamos hecho ninguna asociación con el Hogar. Además, por la filiación católica hicimos el trazado con los reclamos contra el arzobispado por los casos de pedofilia.

»Bueno, para no extenderme tanto, les cuento que al llegar unos mendigos nos hicieron señas para acercarnos a ellos. Cuando lo hicimos nos mostraron una bolsa que envolvía un cuerpo, sobresalían los pies hasta las canillas. Alejamos a los mirones y nos comunicamos con carabineros para cercar la escena. Acto seguido, tomamos la bolsa para inspeccionar su contenido, pues contábamos con los implementos, y eso fue lo más espectacular. El cadáver presentaba marcas de cigarrillo por todos lados y signos de envenenamiento. En fecha posterior comprobamos la sutileza de la que hablé al principio: Simona la había drogado igual que a Enrique, pero a Juanita le apagó bastantes cigarrillos en el cuerpo; luego la amarró a una silla dejando solo una mano desatada y, a su alcance, una pastilla de cianuro. No sabemos bien si esperó a que se despertara o recuperara completamente la consciencia, pero creemos que la obligó a no gritar por las quemaduras y le dio la opción de tomar la píldora. No encontramos huellas ni

ADN de Simona en la escena, pero al analizar el cuerpo descubrimos que las marcas de cigarrillo formaban unas siglas, lástima que no puedo mostrar fotos... Una de las siglas decía F, S, C, A, y la otra, más abajo, K, I, K, E. Ambas son, sin dudas, abreviaturas de los nombres de las dos primeras víctimas. Algunos mendigos nos dieron impresiones sobre la persona que creían estuvo a cargo de cometer la fechoría. Con esos datos construimos un retrato hablado que corresponde con la última foto de Simona tomada en la estación de tren donde compró el pasaje a Rancagua para el crimen anterior. Más detalles de su detención no podré darles por el momento.

»A modo de resumen, les diré que no encontramos un hilo conductor entre los asesinatos ni sabemos por qué Simona se mezcló con figuras potentes del clero. Aún no estamos convencidos de que la historia que se cuenta sobre lo ocurrido cuando tenía quince años sea real.

»Como podrán notar, las escenas macabras que he detallado tendrán cabos sueltos hasta el día del interrogatorio. Es todo lo que tengo para comentar, ahora espero sus preguntas. Muchas gracias por su atención».

Cuando termino de hablar los aplausos hacia mí y mi discurso se multiplican en la sala, probablemente por un falso orgullo relacionado con mi desempeño periodístico en el caso. Casi en la misma medida detecto en el aire fuertes deseos de realizar consultas.

Alguien levanta la mano.

—¿Señorita Cabello?

—Dígame, estimado.

—Quería preguntar cómo sobrellevó la presión psicológica del caso.

—Buena pregunta, muchas gracias. Mire, en la escuela de policías nos entrenan fuertemente al respecto, pero también sabemos que en terreno pueden pasar muchas cosas. En mi caso asistía a sesiones de yoga cada semana y practicaba relajación asiática unas dos veces por semana, eso incluía aromaterapia y otros tratamientos más esporádicos; eran métodos preventivos, pero consideré oportuno realizarlos.

—¿Pero no intentó con medicina occidental?

Sabía que venía esa pregunta.

—Estaba segura de que la recomendación sería descansar para desechar el estrés, lo cual significaba una licencia médica. Entenderá que era imposible que cediera de forma temporal el caso.

—Sí, entiendo perfectamente.

Titubea un poco antes de seguir, creo que sé adónde quiere llegar.

—¿Piensa que ese mismo hecho de no saber si estas terapias alternativas tuvieron un efecto positivo afectaron la investigación?

—Para nada. Sé perfectamente que las terapias eran válidas y efectivas.

—Muchas gracias, señorita.

—A usted... ¿Alguien más quiere consultar?

Pamela espera con el micrófono en la mano a que otra persona se atreva.

—¡Sí, acá! —Una dama se asoma desde el medio de la sala—. Hola, mi nombre es Teresa Fernet y quería preguntar si usted tiene pareja.

Abro mucho los ojos al escuchar este nombre, pero es imposible que sea ella, sobre todo si hace una pregunta como esa; debe ser casualidad.

—No veo el trasfondo de la pregunta, pero ahora no. Sí tuve durante la investigación, al menos dos.

—¡Vaya! Bueno, la intención de mi pregunta es saber si le comentó algo a sus parejas, no veo fácil aguantar tanta tensión.

—Difícilmente pude comentar algo con ellos, todo se centró en mi familia directa. Con mi hermana hablé algunas cosas relacionadas con los casos, pero a mis parejas solo lo justo y necesario, como en cualquier otro trabajo.

Me extraña no escuchar ni ver al tal Cerón, tan insistente estaba con hablar conmigo al principio.

—Finalmente, si me lo permiten —acota la misma mujer—, quisiera preguntarle si su jefe directo cambió en algún momento la investigación o la obligó a seguir un camino que no quería.

—No puedo hablar sobre esos detalles porque los sesgos pueden ser utilizados como argumentos en los tribunales.

—¿Alguien más desea preguntar? —Pamela toma la batuta de nuevo.

—Por acá. —Cerón hace su aparición—. La saludo otra vez, dama, por fin puedo preguntar.

—Claro que sí, ahora hágalo sin problemas. —Aunque siendo sincera, tampoco espero mucho de su intervención.

—¿Tiene algún crimen internacional la detenida?

—¿Simona? No, para nada, solo nacionales.

—¿La asociación de Simona Ferrara con el caso del padre Ignacio se basa en argumentos sólidos?

—Bueno, como comentaba durante mi charla, el hecho de ver las siglas de los nombres de las víctimas anteriores en el cuerpo de Gamboa nos llevó a suponer que los crímenes están unidos.

—Entonces ¿es solo suposición?

—Lo digo así porque no puedo dar más detalles en este lugar. —Me sorprende lo incisivo que es este hombre.

—Parece interesante la forma en que llevaron el caso, pero he de suponer que existen argumentos más potentes para asegurar la asociación.

—¿Adónde quiere llegar? —Su insistencia resulta extraña, ¿acaso tiene algún amigo en la prensa de difusión?

—A ningún lugar específico, me había quedado esa duda nada más.

Pamela salta rápidamente para quitarle el micrófono.

—Bueno, gracias Cerón. ¿Alguna otra pregunta?

—¡Sí, acá!... —Una joven del público con aspecto elegante se pone de pie para hacer su consulta—. Gracias. A medida que la investigación avanzaba, ¿existió relación entre los casos uno y dos que nos comentaste? Digo, no me quedó claro si tenían sospechas antes de asociar el ADN con las letras hechas con cigarro sobre el cuerpo de Juanita Gamboa.

La pregunta es realmente importante.

—No puedo comentar al respecto, pondría en peligro la entrevista si de alguna u otra forma Ferrara se enterara de este conversatorio.

Observo la clara disconformidad de la chica ante mi respuesta.

—Disculpa mi patudez, pero no veo forma de asociar...

—La foto de Simona con el cuerpo en Chiloé es otra pista potente.

—¿Y si solo se sacó la foto?

Es una pregunta capciosa, pero un tanto ingenua.

—Hacer algo así por capricho acarrearía demasiadas consecuencias, no creo que ocurriera de ese modo.

—Muy bien. Gracias, Morena.

—A ti por preguntar e interesarte.

Nuevamente Pamela toma el micrófono.

—Bueno, por cuestiones de tiempo y en virtud de que tenemos un próximo invitado, lo dejaremos hasta acá. Les pido un nuevo aplauso para Morena Cabello, por favor.

Un estruendoso aplauso vuelve a llenar la sala, el sonido alimenta mi ego en cantidades que nunca había experimentado.

—Les agradezco enormemente al grupo y a los asistentes. —Reconozco que siento una fuerte emoción, aunque tampoco es para llorar—. Ha sido una bonita experiencia. Buenas noches.

—A ti especialmente son los agradecimientos, Morena. Te despedimos

sintiéndonos muy orgullosos de tu trabajo —acota Pamela.

—Muchísimas gracias.

Me retiro con un ademán de mano en el pecho, he cumplido socialmente. Ahora debo pensar en cómo lidiar con mi jefe mañana cuando se entere de lo que hablé aquí.

Directrices

Han pasado varios días desde mi charla y mi jefe aún no dice nada, al parecer no le molestó que mencionara aspectos claves del caso. Tal como adelanté esa vez, solo un día y medio después toda la prensa hablaba de lo mismo e incluso se preparan estelares sobre el asunto. Es impresionante el morbo que genera este tipo de noticias, pareciera que la gente necesita tapar sus basuras de vida con algo peor.

En fin, me parece pertinente tomar todos los cafés y las bebidas energéticas que pueda para afrontar lo que me toca a mediodía: entrevistar a Simona.

El clima es ideal, pero una vez dentro de la sala de interrogación dará lo mismo. Además, debo entender que no estaremos solas, tendremos oídos y ojos alrededor. Ferrara sabe bien eso, así que será difícil sacarle la información necesaria. No obstante, creo que bastará con que confirme las sospechas y ate los cabos sueltos que tenemos.

—Te veo muy tranquila, Cabello.

Mi jefe siempre perturba mi paz interior, se lo agradezco.

—Sí, don Raúl, así es. Gracias al clima de hoy y todo lo que ha ocurrido hasta la fecha estoy más relajada. Mi interés se centra en tenerla cara a cara. Por cierto, ¿será posible que hable con quienes la detuvieron? El psicólogo a cargo me serviría.

—El grupo especial está a punto llegar porque desean conversar contigo hoy, ya que la última vez estabas enferma. Con respecto al psicólogo, y entendiendo que el informe no fue suficiente para ti, puedes verlo en su consulta en el edificio Tajamar. Creo que estás a tiempo.

Estoy agradecida por esta información, pero de todas formas evaluaré la posibilidad de realizar una videoconferencia o una llamada, esos odiosos psicólogos siempre terminan analizando a los investigadores en lugar de hacer comentarios sobre los casos.

—Genial. Gracias, jefe —digo en voz alta.

—Dime Raúl, por favor. Incluso este día prefiero mantener nuestra cercanía, es vital para el caso, pues el gobierno tiene fuertes deseos de intervenir con sus influencias.

—Entendido, Raúl.

Cuando me deja sola me apresuro a tomar el teléfono y contactar a Jaime Aguirre, el psicólogo que estuvo con Simona durante varios días a petición del clero y el Estado chileno. Es extraño eso, sobre todo teniendo en cuenta que mi único contacto con ella será en unas horas durante la entrevista que el jefe consiguió tras mover cielo, mar y tierra, a pesar de que nadie tiene tantos detalles del caso como yo.

—Buen día —escucho al otro lado del auricular—, se ha comunicado con el Centro Médico y Familiar el Árbol. ¿Cuál es su consulta?

—Hola, buen día. Soy la teniente Morena Cabello de Investigaciones, quisiera hablar con el señor Jaime Aguirre, por favor.

—¿Investigaciones? De acuerdo, la contactaré con el doctor, no cuelgue.

¿Doctor? Bueno, es posible que sacara el grado. Aguardo la transferencia de la llamada escuchando esa música que incita más a colgar que a esperar.

—¿Aló? —Una voz calmada, pero encendida atiende el teléfono—. Hablé con el capitán o algo así, dejé mi informe en su correo.

—Sí, señor Aguirre, yo soy la que está a cargo del caso y tengo unas consultas puntuales sobre cosas que no me quedaron claras en el informe.

—Perfecto, dígame.

—Se las enumeraré rápidamente: ¿Simona presenta signos de bipolaridad?

—No de acuerdo con lo que analicé. Es probable que, con más tiempo de estudio, esos rasgos puedan detectarse.

—Según usted, ¿es posible establecer un factor común o un hilo conductor en los asesinatos?

—Ya veo lo que necesita. Mire, en el informe no remarqué eso porque no lo evidencié. En mi rol de construir un perfil de Simona no me angustié en descubrir por qué asesinó a la gente.

—¿Pero entiende que ese es su papel al trabajar para nosotros? Digo, si no fuera así utilizaríamos a los psicólogos internos de la institución.

—Serna recurrió a mí por la experiencia que tengo con sociópatas, así que no me extraña que sienta lejano mi trabajo. Esté tranquila, no tengo mucho más que compartir que lo expresado en el informe, el cual asumo que usted leyó.

De pronto la conversación ha tomado el giro que yo esperaba.

—No dudo de su capacidad, señor Aguirre.

La verdad es que sí, no me convence él ni su informe.

—Eso espero —repone—, no fue fácil establecer contacto con ella, sobre todo al hablar de su vida en Europa.

—¿Europa? No tenía ese dato.

Esta parte es cierta, no recuerdo asociar a Ferrara con un viaje a Europa, solo su antepasado italiano calza en algo como esto.

—Correcto. Estuvo unos años en Europa y me contó que ahí vio cosas que escapan al sentido humano. Me pidió que guardara estos detalles de forma confidencial, pero le adelanto que no sumarán nada a lo que usted busca.

También esperaba un desafío profesional de este tipo, es una constante a la hora de interactuar con estos personajes.

—¿Y qué busco, según usted?

—La respuesta que le dé sentido a su investigación.

A pesar de escucharlo a través del teléfono, sus palabras son bastante potentes como para disuadirme de colgar enseguida.

—Muchas gracias, señor Aguirre. Leeré otra vez su informe. Ante cualquier cosa, ¿puedo llamarlo de nuevo?

—Claro, dígame a su jefe que le dé mi número personal, no hay problema. Éxito.

Cuelgo la llamada y me quedo pensando en sus palabras. Es claro que hay cosas que no nos va a contar.

Trato de que la hora pase rápido revisando mis informes y anotaciones. En tanto, las autoridades invitadas para observar el interrogatorio llegan poco a poco; sé que su aporte será nulo, es la foto y la importancia falsa lo que buscan.

Tengo más interés en reunirme con los chicos del grupo especial y descubrir a ciencia cierta por qué actuaron sin mi consentimiento o, por lo menos, sin llamarme cuando la capturaron. La excusa del peligro público puedo creerla hasta cierto punto, sobre todo porque Simona no ha mostrado ningún signo de arrepentimiento, eso es típico en las personas que sienten que cumplieron su objetivo. Ahora bien, ¿cuál era el objetivo? Esa es la pregunta que espero responder hoy.

—¿Señorita Cabello?

Me encuentro con tres hombres que se acercan a espaldas de mi cubículo.

—Somos del grupo especial —continúa uno de ellos—, el comisario Serna nos pidió venir a verla.

—Sí, claro, por supuesto. Por favor, siéntense aquí. —Les señalo unas sillas indignas que usamos para las visitas—. ¿Puedo ser directa con ustedes?

—Dama, somos los más empáticos del grupo, preferimos enormemente lo directo.

—Excelente. ¿Notaron rasgos de bipolaridad en el comportamiento de Simona Ferrara?

—Bueno, eso es difícil de establecer por nosotros. —El joven a mi derecha toma la palabra—. Solo la capturamos, leímos sus derechos y la acuartelamos durante dos días.

—¿Durante ese tiempo no lograron comunicarse con ella?

—No, señora, el único que hizo contacto con ella fue el señor Jaime Aguirre.

No puedo dejar de pensar que hay ciertas rarezas y lagunas en estos detalles.

—¿Saben por qué no se me notificó de su captura?

Los tres hombres se miran entre sí, cada uno esperando que el otro conteste.

—Por petición de su jefe, el comisario Serna —responde uno de ellos.

—No entiendo, señores.

—Es lo que sabemos, señora Cabello. Su jefe pidió expresamente que no alteráramos su paz mental hasta el momento del interrogatorio.

—Por favor, espérenme aquí un momento.

No lo puedo creer. Me levanto y con una rapidez inusitada voy directo a la oficina de mi jefe, no me interesa la gente importante que se agrupa a su alrededor.

—Permiso, comisario. —Irrumpo en su oficina sin mirar a las personas ahí reunidas—. Necesito hablar con usted de forma urgente.

Observo cómo su rostro se cubre de una expresión de incomodidad absoluta en pocos segundos.

—Discúlpenme, señores, vuelvo enseguida.

Con sutileza me saca de ahí y cierra la puerta detrás de nosotros. Caminamos en silencio hasta el final del pasillo, donde está el dispensador de agua.

—¿Podrías decirme qué rayos quieres?

—El grupo especial está aquí y acaba de confirmarme que este juego de que yo no haya tenido ningún contacto, salvo el interrogatorio de hoy, fue idea suya.

—No viene al caso discutirlo a tan poco tiempo de ese evento, ¿no crees?

—Entonces es cierto...

—Por supuesto que es cierto. Tu incapacidad de colocar algo de emoción en el asunto me perturba. Creí que verla te haría explotar y me lo demostraste en ese infantil acto de dar a conocer tus investigaciones en la convención de colegas tuyos.

—¿Creí que confiaba en mí, comisario!

Nunca pensé que Serna me escondería algo así, pero al mismo tiempo compruebo que sí está molesto con el discurso que di unos días atrás.

—Lo hago, Cabello, entiende que en este punto no puedo dejar margen para errores. Cuando recurrí a ti lo hice confiando en tu capacidad científica a la hora de analizar las cosas, pero...

—¿Pero qué? —Me angustian sus palabras.

—Temí tu reacción cuando el asunto te explotara en la cara.

—No me está dejando vivir la experiencia, si lo que desea es que a futuro pueda lidiar con situaciones de este tipo.

—Es imposible que se desarrolle tu entendimiento en este punto si no te conviertes en una investigadora de corazón.

—No me diga que es celo profesional.

Las palabras de Serna me sorprenden, no creí que tuviera inconveniente con que yo sea mujer o profesional en otra área. Apenas ahora descubro que desestima mi labor, solo me ve como una subalterna.

—Tengo asuntos más relevantes que este caso, Morena. No es celo profesional como dices, simplemente mis superiores están reconsiderando mi posición. Pese a que no apoyaron mi decisión de entregarte el caso, y a que yo comprobé que fue un acierto, dudan de mi liderazgo.

—¿Se supone que estas actitudes que afectan la investigación lo solucionan? No entiendo, comisario. Con todo el respeto que se merece de mi parte, no lo entiendo ni quiero hacerlo, estamos a minutos de mi encuentro con Simona.

—Inspectora, prepare su material y dejemos estas discusiones para después.

Salto cuando me interpela diciendo solo “inspectora”, nunca se dirige a mí de este modo.

—Estoy de acuerdo con eso, pero no con su actitud. Nos vemos al rato.

Es la más fría de las conversaciones que he tenido con Raúl, no alcanzamos a despedirnos o desearnos suerte en las próximas horas; aunque, pensándolo bien, la suerte es para gente mediocre. Debo ser yo la profesional ahora y, por absurdo que parezca, todavía tengo que demostrar mi valor. Me sentaré a esperar que pase la hora que falta dignamente y sacaré el máximo provecho a mi interrogatorio casi hollywoodense a mediodía. También me falta despachar a los chicos del grupo especial, es claro que no sacaré nada más de ellos.

A las once con cincuenta y dos minutos las autoridades toman su lugar en la sala de interrogatorio, detrás del vidrio espejado. Antes de entrar mi jefe me da un golpe en el hombro como si quisiera aligerar nuestra pasada discusión y me deseara lo mejor, al menos espero que esas sean sus intenciones.

No estoy nerviosa ni ansiosa, sino esperanzada de que el caso se resuelva,

debemos aclarar qué tan loca está Ferrara o qué razón oculta existe para su comportamiento. Pese a que creo que obtendremos nuestras respuestas, todavía resuenan en mi mente las palabras de ese maldito psicólogo sobre buscar algo que le dé sentido a la investigación. Tal vez tenga un poco de razón.

Ingreso a la sala de interrogatorio y, por fin, la tengo frente a mí; el momento ha llegado. Lo primero que noto es que Simona parece concentrada en el lugar, lo cual es extraño, según leí, en perfiles similares al suyo. Su rostro está inquietantemente relajado, como a la espera de que algo pase. Sé que no tengo mucho tiempo para preámbulos y por una estúpida decisión, no seré la primera en acercarme a ella.

—Buen día, Simona... o buenas tardes, mejor dicho.

—Buen día, inspectora. —Su voz es profunda, segura y sin titubeos; no será fácil sacarle algo.

—Cabello, Morena Cabello.

—Bien, inspectora Cabello. En esta pequeña conversación pasamos de buen día a buena tarde.

—Así parece. ¿Te convence que seamos concretas y directas?

Observo su rostro, está impávido.

—Obvio, inspectora, no pretendo que me aburra como el psicólogo que me pusieron.

—Mmm... no es mi papel entretenerte, pero sí hacerte sentir cómoda para que me expliques lo que sucedió.

Aunque me avergüence admitirlo, una sonrisa interna se asoma en mí al escucharla hablar sobre el psicólogo.

—¿Tus asesinatos tenían algún objetivo concreto?

Apenas articulo esta pregunta, la voz de mi jefe en el auricular de retorno me reta: “¡No puedes ser tan infantil como para preguntar eso!”. Me da igual, sus palabras están vacías para mí ahora.

—Mire, inspectora, no creo que alguna explicación sobre eso cambiará mi sentencia.

—¿Te asumes culpable entonces? Me adelantas buena pega, Simona.

Algún truco debe tener para sentirse tan segura sobre esto.

—No hay ninguna resolución positiva para mí después de este interrogatorio. Me da risa esta pecera con ojos que me han puesto. Te apuesto a que ni el veinte por ciento de los que están mirando tiene competencias para sacar alguna conclusión lógica de lo que diga.

Admito para mí misma que tiene razón, esto se farandulizó desde el

momento en que mi jefe le entregó parte del caso al psicólogo externo.

—Esas suposiciones son estándares que estás colocando tú. No pretendo que me creas, simplemente acelero el proceso sabiendo que los formalismos están de más.

—Te lo agradezco, esto me aburrirá pronto. Te firmo lo que haga falta.

—Sabes bien que falta una segunda reunión con los abogados de ambas partes.

—Eso es solo relleno, no tengo nada más que transar. Te pediré, tal cual señalaste, que seas directa.

Su seguridad se acrecienta con cada minuto que pasa, será un hueso duro de roer.

—Como quieras, Simona. Sin embargo, te repito que tú tienes la obligación de hablar, no yo.

—¿Acaso me dirás que hablar rebajará mi condena? No, gracias, eso no es creíble.

—¿No sientes ninguna obligación moral o ética en hablar con nosotros?

—¿A quiénes te refieres con “nosotros”?

—Quienes buscamos respuestas.

Un silencio mayor al que ya flotaba sobre la mesa se apodera de todo. Sospecho que detrás del vidrio los murmullos van y vienen. Mi jefe me habla de nuevo: “Esa frase fue estúpida”; no se equivoca.

—¿Quieres respuestas? No te alcanzaría la jornada para recibirlas, inspectora. Deberías comenzar por preguntarme todo lo que quieras y sin rodeos, por favor.

—No olvides tu lugar aquí. —Por primera vez hoy, decido hacerle caso a mi jefe y seguir su consejo.

—Este lugar es mi purgatorio, así me siento, en el espacio previo a mi condena final.

—Sigo pensando que aceptas tu culpabilidad, eso hará las cosas más rápidas.

—Puedes creer lo que quieras, me da igual. Insisto en que comiences las preguntas, mis respuestas dependen mucho de mi aburrimiento.

Perfecto, mis argumentos la desesperan, lo que he leído en mis investigaciones está dando frutos.

—¿Puedes autoevaluarte como persona?

—¿Qué?, ¿de qué hablas?

—Autoevalúa tu comportamiento, conducta y actitudes.

Esta es una estrategia sencilla para determinar su capacidad de cooperar con este interrogatorio, sé que es una consulta bastante vaga.

—Ya veo. Bueno, soy una persona muy asesina. No sé si te sirve eso.

Respuestas de este tipo son errores comunes cuando el acusado siente incomodidad. Miro a mi alrededor esperando alguna otra reacción.

—Eso no es muy informativo —concluyo.

—Es mi autoevaluación, sin más. No especificaste mucho.

Es astuta, lo reconozco.

—Bueno, dame más detalles. Háblame sobre tus intereses, conocimientos y experiencias. ¿Cómo percibes tu vida?

—Soy detallista y muy higiénica... ¿Voy bien por ahí?

—Sí, correcto. Continúa, por favor.

Siento que estoy ganando algo de su confianza, eso es bueno.

—Me gusta observar los comportamientos humanos, odio los cargos que tienen algún grado de poder por encima de mí y jamás estoy contenta con lo que hago. Odio los estereotipos de mujer impuestos por la sociedad, ya sea en cuanto a la forma de vestir o pensar. Aborrezco a los niños en general, pero no los odio, eso sí. Y, en particular, veo el sexo como una herramienta.

—Ya veo, déjame anotar. —Hago la mímica de escribir algo, pero en realidad trato de deglutir todo lo que dice.

—Conversar así es aburrido, te lo advierto.

—¿Te molesta que registre? Es parte del trabajo.

—Seguro después tratarás de analizar todo eso, pero ¿cómo estarás segura de que no invento? Podría estar construyendo una realidad.

Detecto que trata de dominar la conversación, es algo clásico en este perfil. Además, los apuntes del psicólogo me lo advirtieron.

—Prosigo. ¿Estuviste en Europa alguna vez?

—¡Ja, ja, ja! Veo que leíste el informe. Bien hecha su tarea, señora. Sí, estuve en Europa. Di vueltas por Francia, Noruega e Inglaterra.

—Te pregunto en serio, Simona.

A pesar de sus deseos de dominar, también se hace palpable cierto grado de inmadurez en su personalidad.

—Es en serio, allá tú si no me crees.

Ante esta respuesta, Serna me pide por el auricular que le exija respeto. Es un idiota.

—¿Cuánto tiempo pretendes que esta conversación sea en demanda desde tu lado y no desde el mío?

—Inspectora, sus preguntas son muy genéricas y, lo que es peor, no me cree.

—Me gustaría volver al punto de los niños. ¿Por qué lo señalaste?

—¿No podía? Hiciste una pregunta muy abierta.

A pesar de que trato de conservar la calma, me descoloca que cambie la forma de referirse a mí.

—Sí, claro, pero no tenemos evidencia relacionada con niños en las investigaciones, por eso mi duda.

—Solo era para que me conocieras, eso es todo.

—Bueno, continuemos. ¿A qué edad viajaste a Europa?

—Desde los diez años más o menos hasta los quince o dieciséis. No recuerdo bien, tal vez más.

—Eso no suena creíble. ¿Viajaste por placer?

—Por supuesto. Aburrida de mis empresas, me tomé unos días para conocer Europa.

—La ironía es innecesaria. —Comienza a hartarme esta mocosa.

—Perdón, inspectora. Viajé a Europa porque me enviaron del Hogar.

—¿Puedo preguntar con qué fondos?

—Privados. Usted no sabe cómo es el tráfico y las influencias de los ricos en los hogares de menores.

—¿Algún nombre en particular del fondo privado que te llevó a Europa?

—Nombres no sé, solo recuerdo a un hombre al que le decían diácono Harris.

—No recuerdo haberlo visto en los registros. ¿Seguro que no mientes ni inventas?

—Ponme la máquina. Puedes parar la grabación igual, así no pierdes cinta. Pendejadas, al parecer no se acabarán.

—Esto no usa cinta, Simona.

La maldita astuta detectó el aparato que tengo tras la solapa para grabar, pero tampoco era un secreto. Sin embargo, reconozco que mi jugada resultó mal; punto para mi jefe.

—Dejaré de grabar por el momento, pero sabes que es obligación.

—Me aburre.

¡Genial, a esta tipa todo la aburre!

—Ese tal diácono Harris, ¿vive aún?, ¿está en la ciudad o en Europa?

—Sí, eso, está en Europa.

No es mucho lo que dice, incluso sin grabar y si dejo de anotar, sé que

recordaré todo.

—¿Algo más? No recuerdo ese nombre de ninguna parte.

—Probablemente sea así, ellos usaban nombres falsos todo el rato.

—¿No te interesó saber los reales?

—¿Para qué? Bajo mi perspectiva todos eran pobres diablos sin destino.

—Bueno, acá tengo registrado que tienes un padrastro en Santiago, probablemente el mismo hombre que te abandonó.

—¿El Hogar sigue activo?

Sospecho que quiere desviar la conversación sobre su padrastro, así que debo insistir.

—Leandro Núñez, así lo tengo anotado. ¿Te suena?

Por primera vez desde que comenzó el interrogatorio, me mira con atención.

—¿El Hogar sigue activo? Segunda vez que te pregunto.

Serna no para de gritarme por el auricular y exigirme que imponga orden. Si tuviera un mínimo de conocimiento sobre estas cosas se callaría al reconocer que estoy recopilando información valiosa.

—Sabes bien la respuesta, Simona. ¿Acaso piensas que no sospechamos que volviste? —Este es el primer dato previo que confirmé.

—Pues te pediré que no me preguntes sobre mi padrastro.

¡Su reacción es excelente! Comienza a soltar cosas.

—¿De Claudia puedes hablarme?

Noto que su semblante se calma, pero aprieta los puños.

—No hay dolor más grande que matar a un ser amado, sea cual sea la razón.

—Aceptas ese crimen entonces, déjame anotarlo.

—Lo haría mil veces puedes agregar ahí. Una y otra vez en esta y varias vidas distintas lo haría de nuevo.

—¿Estabas enamorada de ella?

—Absolutamente, la amaba como ser humano, era una persona que me escuchaba y sentía dolor por mí. Lástima que nunca pude realizar mi sueño de convertirnos en una sola persona, aunque fuera temporal. —Sus ojos brillan al contar eso.

—Ahí me perdí. ¿Ella no era lesbiana?

—¡Lesbiana...! ¿Para qué mierda quieres la etiqueta? Simplemente nos queríamos y respetábamos. —Su rostro se levanta casi apuntándome.

—¿Te acomoda que hablemos de eso?

La verdad es que ni siquiera yo sé bien adónde quiero llegar encausando la conversación hacia ese tema, pero su confianza en mí parece ir en aumento.

—Inspectora, ahora la conversación gira en torno a lo que yo quiero. ¿Le parece patético o es lo que usted quería?

—Me disculpas un momento, Simona, por favor.

Abandono mi puesto y hago señas cerca de la puerta para que Serna me vea. Cuando abre me encuentro con su expresión de estar totalmente perdido con lo que estoy haciendo. Cerramos la puerta a mis espaldas para hablar sin que Simona nos escuche.

—Esto es infructuoso, comisario. Es astuta y su palabrería juega con el invento y la realidad. Propongo que me deje entrevistarla en “sordo”.

Serna abre mucho los ojos, sé perfectamente que no le conviene que el interrogatorio continúe sin que se pueda oír, grabar o mirar a través del vidrio.

—¿Estás loca? —Su voz es un susurro—. ¿Crees que estos tipos vinieron a perder el tiempo?

—Invénteles que es parte del proceso, díales que me ganaré su confianza a través del truco del género y después podrán escuchar todo.

—¿Y si uno de ellos sabe que el proceso no es así?, ¿qué haremos?

—El teniente Sánchez es el único que puede suponer eso, los demás no tienen idea de cómo se realizan los procedimientos.

—Está bien. Dame unos minutos y te respondo por el auricular.

—Entendido, comisario.

Vuelvo un poco nerviosa a la sala con Simona. Esta es mi jugada maestra, necesito que resulte, pero sé que no será fácil convencer a los que vinieron a presenciar un espectáculo.

Prefiero no continuar hasta tener una respuesta, pero afortunadamente esta llega más rápido de lo que esperaba, tan solo dos minutos después.

“¿Morena? —escucho en el auricular—, logré que se detuviera el registro y apagué el micrófono de ambiente, pero quieren seguir viendo”.

—¿Qué sucede, inspectora? —Simona se impacienta.

—No nos escucharán a partir de ahora y no grabaré más la sesión. Solo pueden mirarnos.

—¿Y a mí qué?

A pesar de su aparente indiferencia, sé que a partir de aquí puedo ganar o perder todo.

—¿Te sentirás más confiada así? Busco un poco de comodidad para ti en este momento.

—¿Eso era? ¡Ja, ja, ja! ¡Interesante, inspectora! Voy a pensarlo...

—No te tardes, eso sí. Lue...

—Okey, hablaré libremente y sin tapujos. Te contaré absolutamente toda mi vida, pero quiero aclararte algo.

—Dime, Simona.

—Necesito agua, galletas y tal vez un lugar para hacer mis necesidades.

—Todo eso es posible solo dentro de la sala.

—No tengo problema.

Me sorprenden sus peticiones, por un minuto creí que serían las de una estrella de *rock*.

—Justamente quería consultarte por los asesinatos de...

—A cambio, tú no hablarás.

—¿Cómo? —Estoy desconcertada.

—Necesito que simplemente me escuches. Además, los asesinatos sobre los cuales me preguntarás son los paralelos.

—¿Paralelos? Sigo sin entender, Simona.

—Solo escucha. Al final puedes preguntar si lo deseas, pero la mayoría de las cosas no las contestaré. Me explayaré en mi verdad y nada más.

—Acepto, pero te someterás a los siguientes procesos con buena voluntad y de forma cooperativa. ¿Estamos?

—Como quiera, inspectora.

Sé que no será así, pero necesito descubrir qué está tramando. Antes de comenzar, abandono la sala una vez más para coordinar que traigan hasta aquí las cosas que ha solicitado.

Lento desfile hacia lo profundo

Relato en primera persona de Simona Ferrara,
sin interlocutores

—No recuerdo mucho de mi infancia, salvo que mis padres estuvieron completamente ausentes. Vagué por hogares de menores y la calle fue mi principal sustento. Las primeras imágenes que soy capaz de recordar comienzan más o menos a los cuatro años. Tengo una escena pegada a mi memoria donde estoy en mi silla con una cuchara en una mano y el tenedor en la otra. Nunca pasé hambre a esa edad, pero las marcas de cigarrillo que puedes ver aquí son de mi padrastro; no lo sé, tal vez hasta de mi madre. Nada fue diferente hasta mis seis años cuando un tío, o quien yo creía un tío, me llevó a un hogar de menores.

»La madre Celeste me recogió. El centro era público, pero estaba bajo el amparo de la Iglesia católica. Dudé muchas veces si debía deshacerme de ella, pero me detenía su mirada que parecía ignorar este mundo. Sigamos.

»La madre me presentó al padre Chicho, un digno representante del clero. Extrañamente era apacible y cercano para ser un cura de ciudad, pese a que siempre me insistía en que debía estar limpia e impecable. Me cargaba eso. Pasé de estar sucia siempre a limpiar cada poro de mi piel; de hecho, es una manía que tengo todavía, justo ahora estoy algo incómoda porque llevo mucho tiempo sin lavarme las manos. Maldigo al padre Chicho, me inculcó el aseo personal y lo transformé en un trastorno obsesivo compulsivo. Curiosamente, él era muy sucio y desaseado, destilaba un aroma a anciano sudado que me repugnaba. “Dios lo querrá así”, pensaba yo de niña tratando de exculpar su flojera de darse un baño. Siempre me acariciaba el cuello y olía mi pelo. “Debe oler a recién pulido” me gritaba en el oído, buscaba que aprendiera esos consejos a la fuerza. Al final la costumbre y la rutina hicieron lo suyo y crearon en mí una conciencia de limpieza que no puedo eliminar de ninguno de mis quehaceres. Disculpa, ¿se podría fumar acá...?, ¿no? Bueno, sigo. Tanto los hábitos de higiene como los odiosos implementos de limpieza que tenía que llevar de un lugar a otro para sentirme tranquila eran perjudiciales para mi contacto físico con cualquier persona, incluidos los encargados del centro. ¡Imaginarás lo que era cuando me

violaban! Sentía asco no por las constantes penetraciones, sino por el hedor a hombre que quedaba en mi cuerpo; era repulsivo. Incluso el diácono Harris, un extranjero que veíamos tres veces a la semana, me dejaba su aroma a Calvin Klein; aunque aromático, el olor era fuerte y no lograba sacármelo durante días.

»Al principio Harris fue muy dulce y servicial conmigo, pero cuando cumplí ocho años solicitó permiso para llevarme a Noruega a validar mis estudios de inglés. Suena extraño que el destino para practicar fuera un país escandinavo, pero en el 2001 era fácil engañar a la gente, así que nos fuimos por dos meses a Europa. Aprendí bastante allá... ¿Por qué me miras así? ¡Ah, entiendo! Por supuesto que sí, todo lo que aprendí en el Viejo Continente fue a cambio de servicios sexuales para Harris, aunque años después entendí que eso era lo que hacía yo con él. Curioso es que no lo maté por eso como todos piensan, los vejámenes eran tan comunes en mi niñez que debí lidiar con ellos más allá del sentido de justicia que ustedes las personas normales entienden.

»Vuelves a mirarme con una expresión de duda... no me considero normal, para nada. Conoces todo mi expediente e incluso así hiciste preguntas infantiles, ten claro que hay secretos que nunca sabrás. No te enojés, apenas empiezo a disfrutar esto. No se trata de un desahogo, es una necesidad de que entiendas mi posición. No soy heroína, justiciera, antihéroe ni nada por el estilo, simplemente soy. Tomaré agua.

»Lo más importante que recuerdo del viaje a Noruega fue el proceso de adaptación en un supuesto colegio católico, aunque creo firmemente que no estábamos en un colegio. Noruega no tenía escuelas de orden romana en esa fecha y el lugar se notaba bastante antiguo, pero moderno en su forma de enseñar. Mis pocas experiencias de clases en Chile eran bastante diferentes a lo que se enseñaba ahí, por eso siempre dudo de si era un colegio o una especie de palacio. Ni siquiera voy a detallar todo lo que me hicieron en ese lugar en los meses que duró mi estadía. Sí te diré que en inglés me remarcaban de forma directa que mi silencio era mi vida. Entre todos los hombres inhumanos que frecuentaban ese lugar, un solo nombre quedó en mi memoria: Lucas Johanssen. Tal vez fuera un nombre ficticio, pues viajaba de país en país alimentando redes de pedofilia, solo se reunía en Noruega con los otros para pactar los acuerdos de cooperación de trata de niños. Dos chicos más del Hogar me acompañaron esa vez: Luis volvió conmigo a Chile, pero a Denis no lo vi otra vez. Harris, por su parte, me llevó tres veces más a Europa, la última cuando tenía quince años; en ese momento prácticamente trabajábamos juntos y mi paga era más que satisfactoria para mis objetivos y actividades... Sacaré unas galletas, permiso...

»Bien, tras volver de Noruega la primera vez, el padre Chicho me recomendó como monitora de los nuevos niños del Hogar. La madre Celeste se opuso, decía que era inadecuado y peligroso para mi integridad y que aún no estaba madura para algo así. A pesar de eso, el padre me puso junto a Enriqueta, la mayor del grupo, para que viviera la experiencia. Debe ser la chica que aparece como Claudia en los informes, usaba su segundo nombre porque Enriqueta le cargaba, pero a mí me encantaba. Mi admiración por esa mujer de quince años era notable, la seguí e imité por mucho tiempo. Incluso cuando un año después tuvo su primer pololo oficial, seguía preocupándose de mi aprendizaje. Ella era muy inteligente y perspicaz, quería saberlo todo y vivía obsesionada con la idea de cambiar su destino de pobreza y miseria. “Aguantaré esta tortura hasta mis veintiún años, después me titularé y haré mi vida”; repetía esa frase cuando nos despedíamos cada día, era notable en todos los aspectos.

»En mi cumpleaños número nueve, Enriqueta me sacó a tomar helado en el emporio de la población. Durante el paseo me explicó que eran altas las probabilidades de que mis padres biológicos me hubieran abandonado y de que un sinfín de golpes y malos tratos bloquearan mis recuerdos de infancia. Además, me contó que Harris también la llevó a ella a Europa, pero lo denunció ante el padre Chicho; a raíz de esto Enriqueta fue sometida al trabajo forzoso de cuidado de niños. “Cochinos de mierda, ten claro que se aprovecharán de ti apenas puedan. No confíes ni en la madre Celeste”. Me dio risa su consejo, pues desde temprana edad no confié en nadie, ni siquiera en Enriqueta; tenía claro que si su pololo la podía sacar antes del Hogar, se iría sin pensarlo, por más que su discurso fuera el de una mujer liberal. El olor a novia se le detectaba a kilómetros, esa era la única equis en la lista de su personalidad. Pese a todo era mi heroína, mi reflejo, la única persona que despertaba sentimientos en mí... ¿Eh?... Sí, por supuesto, cuando llegué a mi pubertad esos sentimientos de hermandad se convirtieron en pasionales, pero nunca fueron correspondidos.

»Recuerdo que, a mis diez u once años, Enri tuvo un pololo nuevo que me miraba con deseo, me desarrollé a temprana edad y tenía un físico que nunca dejé de trabajar; la propia Enri decía que mi cuerpo era una herramienta fundamental de éxito en este país machista. Así que me ejercitaba día tras día y corría por la larga cuadra que rodeaba el Hogar. En esa época me enteré, gracias a la madre Celeste, de que fui abusada por el mismo tío que me llevó allí, y que en realidad era mi padrastro. Solo tres jóvenes seguían abusando de mí en ese momento, los mayores del Hogar; Jonatan, uno de esos chicos, decía que era mi pololo. A pesar de esto, conseguía dulces y bebidas de ellos y era muy

entretenido cuando peleaban por quién me violaba más fuerte. Sí, dime... no, aún no me he vengado de ellos, espero tener la oportunidad. Te ruego que no vuelvas a interrumpirme, he cumplido con mi interrogatorio. ¿En serio no se puede fumar?, okey. ¿Uso la bacínica acá nomás? Bien, serán solo unos segundos.

»Cuando apagué la torta de mis doce años, Jonatan había cambiado su postura de violador compulsivo para convertirse en un tierno amigo que evitaba que los otros dos me tocaran; además, tenía alertada a Enriqueta sobre las miradas lascivas de su pololo. Franz Uche se llamaba él, era algo así como el hijo de un colono alemán o polaco, pero más chileno que el pan de pascua. Su altura y rubiedad intimidaban, pero siempre sabiendo, eso sí, que su familia auspiciaba gran parte del Hogar; gracias a esto deduje que los encargados tenían a Enri como moneda de pago. Con esa información presente, seguí la relación hasta que vi algo inesperado: un día Franz golpeó a Enriqueta y la dejó inconsciente. La madre Celeste lo echó del lugar, pero el padre Chicho envió a Harris, quien estaba por esos días ahí, y el diácono apoyó al polaco y le gritó a Enri delante de todos; ella permaneció fiel y nunca dijo que fui yo quien les advirtió sobre Franz.

»Días después, el polaco se acercó a mí y me dijo al oído: “Termina con ese mocoso y únete a nosotros, seríamos un lindo trío”. Un poco más allá estaba Enri con los ojos morados, mis compañeros violadores se burlaban de ella, indiferentes ante la situación. Como no contesté, el polaco llamó a Enriqueta y repitió su estúpida propuesta. Enri me miró con angustia y vi en su rostro la pérdida de sus años de superación. En ese momento lo decidí, me propuse recordar al polaco hasta tener las competencias necesarias para erradicarlo y luego pensaría si Enri merecía este mundo.

»En las semanas siguientes atosiqué a Enri preguntándole si en realidad sería capaz de pelear por los objetivos que se había propuesto y que compartiera conmigo en más de una ocasión. No contestaba, hasta que un día no aguantó más y me reveló: “Me pidió un hijo para dejar de molestarme, sino debo ser su pareja hasta que él decida”. Entenderás por qué Enriqueta Claudia Marchant Suárez fue mi segunda víctima escogida.

»La siguiente semana viajé por segunda vez a Europa con Harris, esta vez acompañados por el padre Chicho. Ahí me presentaron de nuevo ante Johanssen, quien desde el principio me miró con un deseo incontrolable y me manoseó completa a vista y paciencia de los demás; ni siquiera Jonatan y sus amigotes me habían tratado tan artificialmente. Después Johanssen me llevó a una habitación repleta de tipos que parecían empresarios... Sí, disculpa... trato de recordar si

hubo vaginal, pero creo que no, solo anal. Me violaron entre unos seis tipos durante dos horas con sus penes, brazos, palos y consoladores. Mientras lo hacían decidí que Lucas Johanssen sería el tercero, aunque a él debo agradecerle el método de comunicación que luego utilicé. El funcionamiento de la red era simple: hasta los diez años se llevaban a los niños y niñas para testarlos, luego los dejaban crecer en cada país de origen para que se desarrollaran hormonalmente y esperaban una carta de Johanssen. Cuando esta llegaba, el nombre escrito era el próximo niño violado. De ahí que luego le envié a mi tío-padraastro cartas con el nombre del próximo a quien mataría; esto me sirvió para hacer memoria. Llegaré a ese punto también, antes quiero volver a mi violación, porque lentamente mi sentido de asquerosidad hacia los hombres iba en aumento. ¿Crees tú que el sexo sea lo único que los motiva? No soy tan tajante al respecto, para mí el sexo descontrola al hombre, pero no es su eje. El eje del hombre es sentirse superior, ganador, único; vi esto todos los días que estuve en Europa. A pesar de mi corta edad, cuando lo comprendí usé el sexo como herramienta y chequera. Era fácil para mí obtener dinero, aunque Harris no permitió que mis peripecias sexuales fueran más allá del sexo anal. Esa fue la única protección que me dio, pues sé que Johanssen tenía intención de llevarme a grupos más avezados de empresarios y autoridades donde la esclavitud sexual, el sadomasoquismo y el *snuff* eran lo mismo.

»Vi a cientos de niños y niñas pasar a mi lado, unos volvieron y otros no; igual no me importó mucho, tenía suficiente con encargarme de mí. No me juzgo ni me arrepiento del silencio que guardé en ese entonces; dime, ¿qué habrías hecho tú? Colocarse en la posición del otro es totalmente falso, nadie lo hace; cuando alguien te dice que lo ha hecho, lo que pretende es bajar el nivel de comprensión. A mí me bastaba con suponer que las cosas pasarían rápido, tenía esperanza en la velocidad de los sucesos, pensar eso era mi mecanismo de borrado mental para asumir que habría peores situaciones y que la vida podía ser aún de más baja calidad. Igual, no creo que toda esa mierda formara mi carácter, sino que más bien me obligó a barajar oportunidades de crecimiento personal, algo así como tomar lo que me quedaba y convertirlo en una inversión real. ¿Acaso el fin justifica los medios? Por supuesto, la justicia histórica no existe; de lo contrario, todos los que abusaron de mí serían arrollados por un tren. Aún sentada acá soy capaz de justificar con argumentos irrefutables mis razones para seleccionar a ciertas personas en mi cadena de sangre. Vuelves a mirarme con el rostro de extrañeza. ¿Deben juzgarme por matar?, no lo creo. Mis argumentos son potentes, pero el sistema necesita castigarme en forma ejemplar, pues ahora

estoy en la cúspide de los asesinos de este país. Encarcelarme no logrará mucho en el sistema global, pero sin duda alimentará a los morbosos televidentes de este incauto país. Mándame la boleta al más allá por todo lo que ganarán las empresas de televisión...

»Ya que lo preguntas, conservo una imagen mental de poco antes del momento en que fui liberada en la puerta del Hogar. Recuerdo a un hombre con cara bonachona que desapareció rápidamente mientras me quedaba con la cara pegada a la puerta. Como te decía antes, la madre Celeste me recibió y esa imagen siempre me molestó al dormir. También te comenté que la madre me contó que en realidad ese tipejo era pareja de mi mamá, constantemente la maltrataba y al parecer manejaba una red de microtráfico. Nunca me quiso decir el nombre, aunque yo sospechaba que la monja lo sabía... Discúlpame, la gente con careta es la que más me revienta y lamentablemente la mayoría posee una. Por más que intento sacar a la madre Celeste de mis pensamientos oscuros, la sonrisa falsa que usaba con los invitados y su aire de santurrón de mediodía me hierven la sangre. No es mala persona, pero su falsedad es antipáticamente inaguantable. Siempre pensé que con ella podría crear un vínculo afectivo mayor, nos corregía siempre y tiendo a pensar que en la disciplina está el encanto de la crianza. Sin embargo, no fue así; nuestra relación fue falsa y estuvo cargada de la frialdad de quien espera el movimiento que el otro hará. Esto me marcó lo suficiente como para no confiar en ella.

»Cuando le pedí a la madre Celeste la dirección de la persona que me abandonó en la puerta del Hogar, negó que la tuviera. Poco después, gracias a Harris, descubrí que me estaba ocultando la información. Maldita... dejé pasar esto solo porque admiraba lo vieja zorra que podía llegar a ser. A los quince años encontré en su recámara un papel con el nombre y la dirección de mi antiguo "protector", solo esto calmó mis ganas de borrarla del mapa. No merece este mundo porque nunca lo ha querido. Ese rostro... ese odioso rostro me descubrió cuando escudriñaba el papel en busca de respuestas. Luego de eso, recuerdo que al mirarme al espejo me sorprendió ver el cambio que había sufrido, ocurrió al instante. Imaginaba que una cúpula, parecida a un campo de fuerza, me rodeaba y me alejaba de lo tangible obligándome a deformar mi realidad. El espejo y su reflejo me pedían el intercambio y tengo claro que, desde ahí, la frialdad acaparó todos mis sentidos. Lo que había decidido antes estaba en proceso, listo para salir de mí.

»Tres días y medio demoré en procesar la información que encontré en la recámara de la madre, ella pasó esos mismos tres días y medio sin dirigirme la

palabra; se limitaba a saludarme con un movimiento ligero de cabeza e ignoraba mi presencia. Nada de eso importó, mi nueva meta era clara: dirigirme a la dirección.

»Unos cuantos días después logré que la madre me consiguiera un pase temporal para la mañana y tarde de un sábado; aproveché ese tiempo al máximo. La escena fue jocosa, la madre me deseó “suerte” en mi viaje y me pasó una canasta de pícnic con comida para el camino; sin embargo, aclaró que me acompañaría. Con ese falso cariño pretendía buscar mi perdón, sabía que yo no confiaba en su dios. Esa falsedad barata e indigna pretendía poner una pausa a mis acciones, pero el futuro era claro para mí: debía estar en mi lista. A pesar de todo, decidió acompañarme en el viaje y desistí de incluirla en ella. Sentía que me vigilaba, creo que el padre Chicho la convirtió en ojos caminantes... ¿Cada vez que mencione mi lista me mirarás así?

»Media hora de viaje nos llevó hasta Ñuñoa, a una casona cerca del Estadio Nacional. No recuerdo dónde estaba el Hogar, creo que en Estación Central. Soy incapaz de olvidar la dirección del papel: Zañartu 2703. Golpeé unas cinco veces y apareció una señora de mediana estatura con un niño de tres años en brazos, le daba de comer una fruta y tenía la clásica cara de apuro de las dueñas de casa. Tras hablarle unos segundos sobre el motivo de nuestra visita, alegando que formábamos parte de una campaña de caridad, salió a hablar con nosotras un señor bien vestido que emanaba el aroma de un buen perfume. Sus ojos se desorbitaron al verme, aunque sospecho que reconoció a la madre antes que a mí. “¿Qué mierda hacen acá?”, preguntó varias veces con la puerta entreabierta para que no lo escucharan. Nuestro silencio mejoró el momento, lo hizo eterno y sublime. La madre Celeste no aguantó más de cinco minutos y le contó lo que sucedía. La vieja zorra había seguido los pasos de ese enfermo desde que dio con su nombre. Se había cambiado dos veces de casa sospechando que podía encontrarle. Su alicaída compostura fue un dulce manjar para mí. Por extraño que parezca, no sentí deseos de matarle, sino de agradecerle por sacarme del hoyo, ese que construyó para mí. “Tu madre vive en Recoleta, Huasco 1985”, repitió unas quince veces, casi rogando que me encargara de ella primero. Las mismas quince veces le aclaré que no quería matarlo, tenía mi lista decidida. No era mentira, pensaba cumplir con mis tres primeros e ir hasta donde estaba mi madre biológica para tomar la decisión de convertirla o no en la cuarta. La única petición que le hice fue que me dejara mandarle cartas. Él era abogado o periodista experto en leyes, o abogado experto en periodismo, en ese momento no me interesaba. Hablamos un rato sobre las vidas que teníamos. Fue simpático

para mí, el rencor disminuyó, mientras que la madre Celeste se ocupó de entrar a la casa para armarle una mentira a la esposa de ese señor, don Leandro Núñez. La charla avanzó a ritmo desconfiado, lo cual desesperó a mi falso padrastro. Quedamos en vernos al día siguiente en el café *Journal* de la calle Suecia. La madre asintió con un ademán, tendría que pedir un nuevo permiso. No importaba cómo, yo debía reunirme con él.

»¿Qué pasa? Me miras con total incredulidad. Te sigo entendiendo, pero tranquila, se pondrá mejor, siempre y cuando no intervengan. Asumo que es seguro que no están grabando.

Lealtad

—El día siguiente fue muy cálido, según recuerdo, unos quince o dieciséis grados. Cuando llegué, el Falso, como le llamaba, estaba sentado esperándome en el café con claros signos de nerviosismo. “¿Qué quieres de mí o de mi familia?”, fue su absurda pregunta, como si yo hubiera estado interesada en hacerle daño, como si fuera igual a él. El asunto estaba claro para mí, mi permiso era temporal y aún me faltaban tres años para salir del Hogar. Le consulté los datos que la madre me había dado sobre su formación y aclaró que era periodista y abogado, algo así recuerdo. Útil, muy útil para mí. No sabía qué hacer conmigo, así que insistía en preguntarme qué quería de él. Escuchar, solo debía escuchar, al menos hasta que planificara mis pasos siguientes. Su rostro estaba desencajado y parecía anhelar mi fusilamiento. Lo que vino después fue aún peor... tragicómico, diría yo.

»Intuí que era un personaje sumido en la soledad de una vida falsa llena de vacíos sentimientos. Sin que lo esperara, Leandro colocó un revólver sobre la mesa, pretendía demostrarme que estaba decidido a hacer cualquier cosa por su familia. Lo detuve en seco con una pregunta: “¿Cómo abandonas a tus hijos en hogares de menores? Vi que sus deseos se convirtieron en desilusión y guardó el arma inmediatamente; creo que en ese instante entendió el juego. Yo tenía claro mi norte y mis intenciones, pese a que debía volver al Hogar en dos horas. Totalmente descolocado, Leandro miraba hacia los lados tratando de buscar una salida urgentemente, pero sé que también sintió el peso de la culpa, una fuerza de atracción mayor a la gravedad que lo forzaba a estar conmigo. Era el contexto perfecto, ideal, soberbio e idóneo para que mi mente, impulsada por el reflejo de ese cambio en mi ser que había visualizado días antes, comenzara a funcionar en virtud de un objetivo mayor.

»Un rato después saqué un sobre muy arrugado del bolsillo interior de mi chaqueta y se lo entregué. Me miró peor que antes, entendía poco o nada de nuestra reunión, pero en ese momento estaba entregado a lo que viniera. Presiento que creyó que era una carta explicativa sobre mi futuro suicidio o su propio asesinato. Hice que abandonara esa idea al instante: “Tranquilo, viejo, aquí estamos empezando nuestros asuntos. No tengo intención de que esto sea pasajero”. Su rostro cambió un poco, el color de piel volvió y una sonrisa

nerviosa apareció. Entenderás que en esa carta no había ningún cliché, sino simplemente un nombre propio: Franz Uche. Lo extraño es que no detecté impresión o extrañeza al ver el nombre. Él entendía hacia dónde iba el asunto, aunque le dio el giro equivocado; recuerdo sus palabras: “No lo haré”. Veintitrés minutos de explicaciones redundantes hicieron que mis planes tuvieran el máximo sentido para él; solo asintió y siguió mi jugarreta. ¿Qué...? ¡Ah, sí!, ¿quieres saber qué le dije? Bueno, es simple: le pedí que cargara con la culpa del abandono, pero de una forma novedosa. No me mires así, te gustará. Le pedí que recordara cada nombre, le enviaría siempre a mi próximo elegido. Eso. Ni más ni menos.

»Después de unos momentos incómodos y desalentadores para nuestra comunión, Leandro se levantó y se fue; antes de eso, sin embargo, le aclaré que siempre sabría cómo encontrarlo. No titubeó, solo se marchó. Le seguí durante unos pasos y le dije al oído: “Te tendré informado por carta, debo esperar tres años para moverme libremente; aguarda mi confirmación”. Se dio vuelta y me miró riéndose, no creía mis palabras. “Bien, no te fallaré otra vez”, fue lo último que dijo antes de retirarse, tal vez confiaba en que no tendría forma de obligarlo.

»Después de un año y medio de preparación intensiva, con mucha lectura y escritura, dominé diversas formas caligráficas. Tenía unos doscientos cuadernos con escritos distintos, con sentido y sin él; pensé que ese ejercicio me serviría. También aproveché para estudiar medicina con algunos libros que Jonatan me consiguió... Ahí están esos ojos dudosos, obvio que eran robados. En fin, aprendí bastante, pero sabía que me faltaba practicar. Gracias a unos sucios contactos que me proporcionó el polaco, logré que unos estudiantes de medicina me extrajeran el apéndice, pero les pedí grabar la cirugía para observarla en detalle. Pasé muchos días aprendiéndome el video hasta que decidí que tenía que usar mis manos. El impulso era lógico, ganar aptitudes necesarias para lograr asesinatos limpios. Los mismos estudiantes de medicina, pertenecientes a una dudosa casa de estudio, me cobraron doscientos mil pesos por conseguirme una persona para ensayar; sin ánimos de perder tiempo, accedí. Le realicé una extracción de apéndice a un mendigo; según tengo entendido, a cambio recibió cama y comida por un año. Seguro me corrigieron cuando terminé, pero no sentí asco ni miedo; fue perfectamente natural. “Practica con perros”, decían los tipos, me dieron a entender que era muy común. No le encuentro sentido a eso si tenemos muchos mendigos que estarían felices de recibir una paga anual a cambio, pero lamentablemente no contaba con el dinero. Le escribí a Leandro, pero no para solicitarle plata, sino para informarle sobre mis avances. Le detallé

la historia de los turbios amigos médicos del polaco que me habían dado información valiosa sobre él. En la última carta que le envié en ese momento, le aclaré que me iba por un año a Europa para reunir dinero. La madre Celeste dejó de protegerme de Harris; a él, a cambio de sexo, lo convencí de que me devolviera a Europa con Lucas. No fue nada fácil, Harris remarcó que estaba vieja para el rol, pero a esa altura mi rendimiento sexual era impresionante; él mismo lo corroboró.

»Sin más, partí al Viejo Continente con la promesa de volver a hablar con Leandro y pensando que no me fallaría... Sí, pues, no solo quería dinero para conseguir prácticas ocultas de cirugía, también necesitaba contratar informalmente a Leandro como mi investigador, me hacía falta alguien que estuviera inserto en la sociedad. Además, tenía claro que usar a su familia como cobro no tendría sentido con la experiencia que arrastraba conmigo; pensé en un aliciente más potente: su orgullo... Permiso, tomaré un poco de agua.

»En esa ocasión, el tiempo que pasé en Europa fue extraño. Lucas Johanssen no me recibió igual que antes, era como si tuviera náuseas de verme. Tal como me dijo Harris, estaba muy grande para él. Traté de cambiar eso a través de la imagen, me vestía como niña, pero claramente no lo era. Le pedí a Harris que me consiguiera contactos directos con los viejos cochinos del lugar, pero Lucas tenía el poder absoluto de ojos y oídos. Pensé en la opción de traer al padre Chicho, Lucas tenía mayor confianza en él que en Harris. Nada era suficiente, simplemente me ignoraba.

Se me ocurrió pedirle a Harris que me consiguiera entre sus datos truchos un lugar para hacer operaciones ilegales. Sin discutirme mucho al respecto, porque creo que Johanssen lo había amenazado, contactó a varias personas para mis prácticas quirúrgicas; sospecho que entre ellos había más de uno del grupo que había abusado antes de mí... No busques tanto entre los papeles, esto es imposible que lo tengas en tus anotaciones. Comprobé que el sexo ya no era satisfactorio para esos enfermos que abusaron de mí y de otros, habían mutado hacia necesidades de daño y dominio total, sadomasoquismo y *snuff*.

»En ese momento conocí a Rolf Rigrutz, un alemán más enfermo que todos los demás juntos. Me reuní con él por primera vez en un café parisino; antes de eso pasé varios meses de aburrimiento en Noruega, obtuve dinero mendigando y con sexo barato en las esquinas. Rolf era un tipo aburrido, no aportaba nada positivo; sin embargo, me aproveché de su mente enferma y lo traté como un mentor. Él era feliz, cada día lo complacía con prácticas sexuales extrañas para pagarle; de esta forma, se sentía poderoso y único. Era médico y me proporcionó

todos los trucos de tratamientos de cirugía para mis ejercicios. En una ocasión me contó que estudió medicina inspirado en su abuelo o tío, no recuerdo bien, quien también ejerció esa profesión en las filas de la Segunda Guerra Mundial, seguramente defendiendo Alemania. Sin ir más lejos, me dijo que su padre fue espía durante la Guerra Fría; se valió del contraespionaje, el sabotaje y los métodos de tortura para sacar información. Yo sabía todo esto por Harris, imaginarás por qué elegí al pobre diablo. Avancé tanto en mi proceso de aprendizaje que hice vida en Francia; Johanssen ni preguntaba por mi paradero.

»De vez en cuando Harris me visitaba, pero para mí era un perdedor sin rumbo. Siempre le decía que volviera a Chile, pero él se enojaba, consideraba que yo le debía mucho... ¡payaso! Seguí con mi aprendizaje intensivo sobre tratamientos quirúrgicos específicos, tratamientos de muestra, alteraciones de escenas médicas, uso de químicos para efectos precisos y combinación de elementos domésticos para ocultar evidencias. El alemán era realmente un genio, es cierto que estaba perdido en cosas absurdas, pero era un genio, al fin y al cabo. Conseguía cuerpos para practicar a un ritmo que jamás lograría en Chile e incluso defendía la ética. Afirmaba que en Estados Unidos usaban animales, especialmente monos vendidos en el mercado negro, para realizar los experimentos; en Europa, en cambio, solo hacía falta encontrar personas que necesitaran algo a cambio. Le creí, sé que los gringos usan gente para probar efectos secundarios de los fármacos.

»En fin, mis conocimientos aumentaban día a día. También seguía escribiendo a Leandro; no le contaba todo, por supuesto, pero sí le recordaba que volvería por él cuando lo necesitara. Mi vida renacía, sentí que la esperanza crecía más y más. Imaginaba a Uche caer ante mí sin que nadie se enterara. A todo esto, por esos días estaba de cumpleaños mi querida Enri, la única que despertó en mí algún sentimiento de amor. Según unas llamadas que hice a la madre Celeste, ella estudiaba algo de cocina u hotelería y estaba casada con el polaco; dos años atrás había abandonado el Hogar.

»Un día cualquiera, el alemán me estaba mostrando cómo simular un accidente y una genial idea asomó en mi cabeza. Este caucásico siempre me recalca la importancia de conocer a mecánicos, químicos, médicos y conserjes enfermos, afirmaba que eran útiles para lograr los objetivos deseados. Yo tenía claro eso, pero me encantaba hacerle creer que era una tabula rasa, esto le excitaba y me permitía alargar mis días de enseñanza.

»Su confianza en mí creció tanto que una vez me llevó a una casa en la que reconocí la decoración. No era la misma donde yo había estado, pero sin duda la

usaban para las violaciones grupales a menores. Ahí me mostró unos lindos artefactos que habían obtenido en subastas mundiales. Sin que yo lo esperara, me presentó a uno de sus empleados, un joven de mi edad, rubio, de mediana estatura y con un rostro activo, pero la mirada perdida más allá de nuestra realidad. “He aquí un resultado de nuestros experimentos”, recuerdo que dijo el alemán con orgullo, pero yo lo miraba sin entender nada. Me acerqué al muchacho y unos minutos después lo reconocí: era el puto Denis. Sí, no busques en tus apuntes, es el mismo de quien te dije que no supe nada después, pero este ya no era Denis, era un personaje nuevo, un juguete del alemán. Sus ojos se veían vacíos y su rostro no expresaba emoción ni reconocimiento alguno de lo que ocurría a su alrededor; yo no lo podía creer.

»La risa de éxito de Rolf ante mi expresión era ensordecedora. Pensé que, si Denis estaba actuando, entonces lo hacía muy bien; sin embargo, de inmediato supe que no, estaba observando algo sencillamente espectacular, una herramienta que podía ocupar para mis fines futuros. Incluso ahora no sé bien cómo lo lograron, pero tenían un perro adiestrado. Denis debía estar muerto, pero era la muestra de supervivencia útil... Perdóname que me extienda en esta admiración, es uno de los pocos recuerdos felices que tengo de mi estadía con el alemán. Luego de ese día me cansé de preguntarle a Rolf cómo pudo obtener algo así, pero se negó a darme explicaciones. Igual que otras veces, en un momento de descuido extraje sus apuntes y su cuaderno de campo y comencé a estudiar la investigación. Fue interesante lo que aprendí: seis meses de electrochoque fueron la receta ideal, pero ¿cómo tuvieron a una persona durante seis meses bajo ese tratamiento? Esto era sencillo para esos enfermos, tenían una impresionante red de contactos y trabajadores. No me fue difícil imaginar un escenario para experimentar en la creación de un robot humano que trabajara gratis; suena genial, ¿cierto?

»No quiero darte lata con mis impresiones, pero el alemán me dejó jugar durante un tiempo con Denis para probar los efectos de lo que le habían hecho. Era extraño, actuaba con un miedo que reprimía su voluntad de recordar quién era. Registré durante tres semanas su comportamiento y concluí que lo mataron en vida. Los muy desgraciados construyeron un amo de llaves humano, lo peor era que no le explotaban sexualmente, todo era por el simple placer de que podían. Aún no te diré cuáles eran mis intenciones con todo lo que aprendí del alemán, pero se me acabaron las opciones: de pronto Rolf quería devolverme a Noruega o Chile. Sospecho que Harris me traicionó y le dijo a Lucas que preparaba algo en su contra. Lo más seguro es que él no le creyera, pero de todas

formas apretó al alemán para que me expulsara. Enfadarlo era cosa seria, pero igual traté de llevarme a Denis para seguir analizándolo; sin embargo, convencer a Rolf fue imposible.

»Cuando volví a Noruega, Johanssen me puso la soga al cuello: “O sorprendes a los del club o simplemente te vas, si es que te dejamos...”; más claro echarle agua, ¿no? Cumplí con mi mejor rendimiento sexual en años, los viejos quedaron locos y pidiendo descanso, ¡ja, ja, ja!, ¡perdedores! Así gané unos pocos días más en Europa, pero Johanssen y Harris me hicieron una jugada sucia: llevaron a Jonatan... Necesito orinar de nuevo, permiso.

»Cuatro o cinco días aguanté a Jonatan, que todavía se juraba mi novio, pero me harté y le pedí que nos fuéramos; estaba claro que Harris lo había instruido para hartarme. Poco antes de marcharnos, Johanssen me hizo ver la luz nuevamente al solicitarme que volviera con Rolf para entregarle una carta. Con el nivel de confianza que teníamos, la carta sería mental, tenía que aprenderme de memoria el texto. Utilizaban este método cuando debían comunicar algo inviolable... ¡Ja, ja, ja!, ¡qué irónico!; era la única forma de pasar desapercibidos. Demoré solo media mañana en memorizar el encargo y Johanssen quedó convencido.

»Jonatan y yo partimos a Francia. Calculé que, si él no se manejaba en inglés, menos lo haría en alemán; además, a Rolf le cargaba hablar inglés y ¡diablos!, es difícil el idioma. Con esto en mente, le pedí a Lucas que Jonatan me acompañara como símbolo de confianza; el muy idiota aceptó, mi ampollita estaba a punto de explotar.

»Cuando nos encontramos con Rolf, estas fueron mis palabras: “Si pongo la materia prima, ¿puedes enseñarme el experimento que aplicaste en Denis?”... Inspectora, ¡no estoy para esas miraditas!, le dije que se sorprendería. Espere mientras me aplico un poco más de alcohol gel, gracias por traerlo.

»Por supuesto, el alemán accedió sin dudarlo. Esto me alegró mucho, tanto Denis como Jonatan eran personajes sin pena ni gloria en esta vida. Consideré que incluirlo en el experimento era darle un tratamiento más que digno a su existencia artificial. Creo que lo último que me contó fue que trabajaba en La Vega cargando frutas y a veces limpiaba vidrios en Departamental; en mis oídos eso es nada, nada y nada.

»Fue muy fácil para el alemán encerrar a Jonatan y forzarlo a las sesiones con electrochoque y químicos varios. Al principio lo mantuvo sedado durante tres días, a partir del cuarto comenzó a disminuir la dosis de forma progresiva. Cuando Jonatan recuperaba la consciencia, el alemán le aplicaba descargas de

electrochoque en los testículos y los pezones; no recuerdo cuánto duró esto, me parece que un mes. Era simpático, siempre me preguntaba qué haría con él; sin embargo, también fue chistoso que ni Lucas ni Harris me preguntaran por su paradero, era un completo perdedor.

»Poco después de dejar al Jona con Rolf, surgió en mi mente una idea mejor: comenzar mi lista en Europa. ¡Amo ese rostro de extrañeza, inspectora! Tenía claro cómo usar al Jona, pero debía empezar a moverme y así lo hice. Hablé con Harris para que hiciera algo muy loco: traer a Enri y al polaco hasta Noruega; no habían salido de luna de miel, así que el plan fue ideal. Entre Harris y la madre Celeste los convencieron de pasar unos lindos días de amor en Noruega. A partir de allí, todo fue rápido e indoloro. Arreglé el auto del polaco y simulé un accidente de carretera. No murió inmediatamente durante el infortunado accidente, se le reventó un freno a distancia. El automóvil dio cuatro vueltas en el aire mientras varios regalos que le traía a Enri se esparcían por los aires. Luego del impacto, me acerqué a terminar la tarea con una pistola de electro. El proceso de limpieza de la escena corrió por parte del club; como era de esperarse, me cobraron con horas de orgía en las que tuve que incluir a Enri.

»Por supuesto, tras el accidente aproveché para acercarme a Enri otra vez, pero ella estaba destruida. De lo que me había prometido nada se cumplió, jamás puso un pie en alguna institución educativa, le había mentido a la madre Celeste por vergüenza. Se dedicó a ser dueña de casa, tal como le había remarcado tantas veces el polaco.

»Los días posteriores fueron fomes, pero potentes para mí. Tuve que lidiar con que Enriqueta se había quedado pegada al pasado o, mejor dicho, no era la persona de la que me enamoré. Cada día se parecía más a Jonatan, no tenía brillo ni nada que aportar, sobraba en este mundo. Como formaba parte de mi lista, descubrir en quién se había convertido facilitó todo. Cierta día, después de servirle el desayuno, la engañé para que tomara una píldora de cianuro diciéndole que era para mejorar su estado de ánimo. La muerte fue lenta y tranquila, al menos desde mi punto de vista. Tardé muchos días en sentir algo de remordimiento, pero en general tenía claro que ese sería su destino, la había eliminado de mi mente hacía años... Disculpa mi actuación de antes, era necesario para ganar tu confianza en mi discurso; espero que no te enojés conmigo, inspectora... ¿No?, ¿todo bien? Entonces seguimos.

»Ocultamos la muerte de Enriqueta como una enfermedad cualquiera, da lo mismo cuál, así que nadie la reclamó desde Chile. Comencé a planificar cómo deshacerme de Lucas Johanssen, el tercero en mi lista, y se me ocurrió una idea

bastante innovadora y sencilla. Se la expliqué al alemán y me felicitó, a su enferma mente no le importaba que acabara con Johanssen, le daba lo mismo. Gracias a esto, todo fue fácil.

»Rolf me consiguió una droga bastante potente llamada *Flunitrazepam*, con ella tuve a mi merced a Lucas. Lo amarré en posición de “perrito”, como le decían los viejos cochinos, aunque en inglés, obviamente... creo que era el *doggystyle*... Luego comencé a introducirle un bastón en el ano. Me aburrí al poco tiempo, la droga hizo tan bien su efecto que él no sufría, por lo que el objetivo de mi castigo estaba solapado. Decidí tomar el camino fácil y usar veneno. Antes, sin embargo, llevé a Lucas hasta una maestranza abandonada con ayuda de Harris. El diácono, si es que realmente lo era, solo me obedecía, creo que estaba enamorado de mí; igual tenía sus días contados, insisto en que eran pobres y tristes personas con vidas carentes de sentido.

»En la maestranza esperé hasta que a Lucas se le pasó el efecto de la droga, luego noté que tenía mucho dolor. Gritó como un perro atropellado y era curioso, nunca sintió lástima por mí cuando me violaban sin asco. Verlo así no me provocó pena ni recogimiento, lo dejé ser sin disfrutarlo. Sí me impactó cuando gritaba: “Simona, por favor, apiádate de mí”. ¡Ja, ja, ja!, eso me encantó, sino hubiera sido muy aburrido. En algún momento le mostré un palo gigantesco y sostuve una píldora en mi otra mano, pero esta vez no era cianuro, sino un concentrado de sustancias naturales provenientes de alacranes, arañas y pulpos. No importa cómo fue fabricada, el alemán me la dio y yo solo la utilicé. Johanssen escogió la píldora, pero después de aguantar cinco minutos con lo que le introduje. Se revolcó unos buenos instantes hasta que se puso tieso. Deduje que había muerto, pero lo maravilloso y no latero fue que volvió a convulsionar un minuto después y empezó a botar espuma por la boca, fue genial. Harris estaba paralizado, aseguró que nunca había visto algo así, pero no le creí.

»Cuando todo terminó, llamé al alemán y con el código interno le solicité ayuda para la limpieza. Lo había convencido de que tomara el rol de Lucas en el club, pero como no le interesaba nombró a Harris, quien aceptó sin más porque no tenía cómo volver a Chile. Eso responde en parte a tu pregunta anterior, creo... Galletas, café y gel, permiso.

Retorno

—Con mi primera lista resuelta debía pensar cómo volver a Chile, pues Harris se demoró poco en traicionarme y contarle a otros miembros del club sobre la muerte de Johanssen. Entendí que deshacerme de él sería peligroso, así que tomé camino a Francia para ver al alemán y preguntarle por Jonatan. Creo que habían pasado un par de meses y el cambio fue espectacular. Jonatan no me reconocía, le costaba concentrarse y estaba actuando en concordancia con lo que le pedía Rolf. Se encargaba de darle la comida y las bebidas en la boca, era su arsenalero personal y, cómo no, cumplía sus fantasías eróticas enfermas. Me pidió unas ocho veces darle algunos meses más para tenerlo “como nuevo”, estaba encantado con esa materia prima extranjera y nueva. Además, me reveló que una persona con un bajo nivel de educación era ideal para borrarle lo aprendido y empezar desde cero. Me pareció interesante y anoté todo, no sin antes decidir que el alemán sería el siguiente.

»Acordamos que nos llamaríamos para comprobar los avances de nuestro trato, así que quise proporcionarle una muerte lenta. Una vez más usurpé los servicios de Harris y le pedí que buscara para mí algunos datos en la lista de prostitutas y prostitutos prohibidos por el club en sus orgías apocalípticas. Pese a todo, los viejos evitaban contagiarse de cualquier enfermedad venérea, si no los pillaban en sus casas; como seguro sospechas, tenían vidas felices en paralelo. Con mis datitos listos, contraté a una pareja de los suburbios parisinos que tenía sida y quién sabe cuántas cosas más, y preparé una escena sadomasoquista con Denis y Jona. Disfracé a los franceses como menores y los llevé ante el alemán. Hicimos nuestro *show* y yo evité, claro está, el contacto con alguno de ellos. A Denis se lo sirvieron sin asco, pero Jona se negó un poco y Rolf lo sacó porque le cargaban los dudosos. Opté por hacerme la *güeona* y usé los artefactos, consoladores y otras cosas raras que tenía el alemán. Terminado el acto, solo me quedó la esperanza de que estuviera contaminado; obviamente, antes de comenzar le había mostrado unas falsas fichas de la pareja. ¡Como trabajaba solo y sus asistentes no razonaban, todo salió bien!

»La semana siguiente, o nueve días después, no recuerdo muy bien, hablé con Harris para volver a Chile. Aceptó sin más y movió unos fondos para que me quedara tranquila aquí; esos fondos los exageré, no tenía ninguna intención

de trabajar. Imaginé que las muertes en Europa comenzarían a ser sospechosas y venirme a Chile era lo ideal. Además, Harris siempre terminaba traicionándome. Con el dinero en mi poder y el pasaje listo, planifiqué mi siguiente jugada: eliminar del mapa a Harris.

»Pensé mucho en cómo hacerlo, incluso barajé la posibilidad de usar un contacto dentro del club, pero era imposible, solo una mente enferma como Rolf podía tomarme en cuenta. Como no encontré otra solución, le expliqué mi plan de poner en práctica mis conocimientos quirúrgicos. Se puso muy contento, supongo que en su cabeza era como si le estuviera entregando una tesis. Mi intención, más que matarlo, era provocarle inmovilidad y disminuir su capacidad de respuesta, además de causarle el miedo suficiente para evitar que me traicionara.

»Lo interesante fue que le conté todo esto a Rolf cuando ya tenía a Harris en mi poder, lo sedé con uno de los químicos extraídos de su laboratorio. En vista de esto, no le quedó otra opción que cooperar conmigo. Juntos le intervenimos las vértebras C4 y C5, el alemán me explicó que sufriría tetraplejía debido a eso. Fue chistoso ver la cara de Harris mientras le marcábamos el cuello y la espalda; “Tranquilo, desgraciado, nadie te reclama”, recuerdo que le dije. Le inyectamos morfina cuando se comenzó a poner inquieto y Rolf me pidió que abandonara el lugar y no volviera. Él me cubriría con Harris y los otros, yo no debía parar hasta llegar a Chile.

»Europa terminó ahí para mí.

Lejanía

—En Chile me esperaban los retos del padre Chicho o la madre Celeste, pero en lugar de eso me preguntaron por el polaco y Enri. La familia Uche había cortado los fondos para el Hogar y los amenazaba con una demanda por negar información, no se habían tragado el cuento del accidente. Le pedí a la madre un par de días para ver qué se podía hacer, porque la intención del curita era culparme a mí, recuperar los fondos de la familia Uche y seguir como si nada hubiera pasado. Ese fue el detonante para que Chicho se convirtiera en el siguiente... No te preocupes, los cálculos no te darán.

»Con la intención de darle sentido a mis próximas acciones, creé una lista de vidas paralelas para orquestar una serie de asesinatos acá en el país... Sí, inspectora, eso mismo. Su cara me da risa, pero aún no me aburre, así que vamos bien. Como le decía, con la decisión tomada solo me faltaba que el padre abandonara su idea de cambiarme de domicilio drásticamente. Le mentí diciendo que le daría dinero y trabajaría para mantener el Hogar a distancia, pero era su otro modelo de negocio el que estaba fallando. El club cerró temporalmente la trata de niños para evitar sospechas de los asesinatos que había cometido esta servidora; lógicamente, no creo que el Hogar se sostuviera solo con el auspicio de la familia Uche, así que supongo que el padre Chicho quería tapar el sol con un dedo.

»En una ocasión, la madre me comentó en secreto que algunos familiares del polaco preguntaron por Enriqueta y les dijo que también había muerto en el accidente, pero vieron los reportes y ella no aparecía en escena. Todo era tan divertido, me encantaba. La adrenalina a tope me permitía crear mejores planes para seguir.

»Me fui a Chiloé a recorrer la isla, elegí un lugar lo suficientemente silencioso y abandonado por la modernidad. El sector se llamaba Guapilacuy... Ah, veo que eso sí lo tenía en sus datos, ¡ja, ja, ja! Bueno, es obvio, en Chile no pude ocultar nada y tampoco me interesaba hacerlo. Decidí crearme el perfil de asesina serial aquí y que los crímenes en Europa fueran de nadie... Dale, anota nomás, inspectora, acá reconozco todo. ¿No escribirás?, bueno, allá tú.

»Me organicé para ir al sur, quería alejarme de la comunicación y las redes sociales de la zona central. Te preguntarás, supongo, si me volví a contactar con

Leandro. Por supuesto, días antes de partir le exigí al padre Chicho que estirara al máximo el trámite con la familia Uche. Luego volví al café con mi padrastro o tío, da igual, para contarle mis peripecias en Europa. Estaba acongojado, pero decía creerme al cien por ciento, pues vio lo que pasó con el Hogar. Gracias a esto la conversación fue mucho más fluida que la ocurrida años atrás. Según él, su incomodidad anterior había nacido del deseo de contarme algo que no quería, pero suponía que mis días no serían muy largos. Por si fuera poco, repetía que era una persona conocida en el mundo del periodismo. Esto no me importaba mucho, pero confirmé que era un abogado dedicado al periodismo; consideré este dato interesante para el futuro. En un punto de la conversación su confianza creció y, mirándome fijamente, dijo: “¿Quieres saber sobre tu vida antes de pasar por mí?”. Por un momento me quedé helada, pero hice un cálculo veloz de posibilidades y preferí que lo guardara para otro momento. Aproveché de ofrecerle dinero y no poco, sus ojos brillaron. Aseguró que no ganaba mal en su profesión, pero igual insistí. Quiso saber para qué era, solo le dije que debíamos seguir en contacto a través del sistema de cartas, pero le ordené que las quemara. Había recibido tres, así que le pedí un reseteo de nombres hasta el próximo. Se interesó por saber cuándo sería, pero me limité a pasarle una servilleta que había llevado desde el Hogar y en la que se leía “Ignacio Lorca”. Le aclaré que sería el cuarto nombre, debía construir el paralelismo chileno con mis asesinatos en Europa.

»Con esta explicación, entendió perfectamente mis intenciones y no titubeó en apoyarme, sabía que podía destruir su reputación en segundos. Entretenido, ¿no? Podría escribir un libro con esto, vaya momentos que viví. Antes de despedirme de Leandro, elogí su extravagante bigote, pero critiqué su ropa, parecía de feria americana; quizá estaba contaminada de la moda europea. Anoté sus datos de contacto e hice mis maletas rumbo a la isla de Chiloé.

»Estuve en Ancud unos cuantos días y me enteré de que la familia Uche había ido a Europa con una tropa de abogados para estudiar el caso del polaco. Por mí que se muriera esa nefasta familia, tuvieron un hijo de mierda y se dignaban en defenderlo. Le solicité a la madre que me mantuviera informada al respecto, mientras buscaba dónde empezar a crear mi historia chilena. Si la familia Uche daba con el club de los viejos cochinos, no me quedaba mucho tiempo. Al calor de un bar de mala muerte en Ancud, conocí a una tipa que se enamoró de mí apenas le conté mi historia de vida. Como imaginarás, me aproveché de eso. Se llamaba... Teresa; sí, Teresa Aninat o algo así... ¿Qué? Correcto, Teresa Fernat, así se llamaba. ¿Cómo lo sabes?, no importa... ¿Qué?;

sí, la conocí allá, ¿por? Bueno, continuaré y no me interrumpas o me aburriré fácilmente.

»Teresa era muy linda, pero vestía unos harapos inservibles. Le expliqué que la sensualidad era una tremenda herramienta en este mundo, ella no lo sabía, en ese bar donde trabajaba los viejos no necesitaban mucho. Me propuse sacarla de ahí, pero nunca me gustó como pareja o algo por el estilo, eso era perder tiempo. Con el objetivo de acelerar mi proceso creativo, le di a elegir a mi primera víctima nacional. Me dio un nombre escrito en una servilleta, muy a mi estilo, ¡ja, ja, ja! Enrique Machado, lo recuerdo muy bien. Un tipo sobrante en la sociedad que acostumbraba a ir al casino de Castro. Teresa lo escogió porque el tipo tenía muchas deudas con los viejos del lugar, había embaucado a más de uno y, no contento con eso, siempre trató a Teresa como sirvienta y la culpó de sus agravios. Basura humana, nadie lo extrañaría.

»Preparé todo para engañar al tal Enrique y cumplir mi nuevo rol, pero surgió la oportunidad de viajar a las cercanías de Rancagua; según entiendo, es mi ciudad natal. La cosa fue sencilla: Teresa estaba a punto de recibir unos terrenos de herencia en Gultro y necesitaba a alguien que la acompañara urgente. Enrique tenía como único modo de vida ir al casino y sabíamos que al volver a Ancud lo encontraríamos.

»En Gultro caminamos como verdaderas amantes, aunque siempre marcando la distancia apropiada, sobre todo porque Teresa tenía varios conocidos y en estos lugares todos se saludan; es realmente odioso y cansador. Recuerdo que me contó que la casa era ocupada desde hacía años por una tipa drogadicta que trabajaba en San Bernardo y llegaba en las mañanas solo para dormir el resto el día. Le pregunté si mi papel era echarla, no sin darle a entender que se estaba aprovechando de mí para hacerle la pega. Fue difícil encontrarla porque no compraba los pasajes, tenía un acuerdo con el auxiliar para pagar menos en el tramo de Rancagua a San Bernardo. Tampoco encontré algún patrón de regreso, deduje que se venía a dedo porque bajaba de autos distintos cada día. Algo me calzaba perfecto en esto, el rastro del viaje.

»Un día decidí seguirla, estaba aburrida de mi semana en Gultro. Cuando llegué a San Bernardo noté que no tenía conocidos cercanos, aspiraba cada vez que podía y, a pesar de que les decía a todos que trabajaba en un supermercado cercano a la estación, esto era mentira; solo le servía para mantener cierta postura social. El resto fue simple y preciso. Compré un poco de droga y la usé de anzuelo para bajarnos en Rancagua. La llevé a un costado de la estación y usé una de mis drogas derivadas de veneno natural; se desvaneció lentamente. Me

imagino que la poca gente que pasó por el lugar a esa hora creyó que éramos amantes o simples drogadictas. Algo llamó mi atención: llevaba unos anillos hermosos en varios dedos de las manos. Le pregunté muchas veces dónde los había robado, pero solo repetía que quería la pastita y que se acabara el dolor. Algo de pena me dio, debo reconocer, pero al mismo tiempo entendí que su sufrimiento se traducían en dolor y angustia para quienes la rodeaban. No quise que los pacos o los tiras encontraran tan valioso tesoro... Bueno, el resto lo conoce, inspectora. ¿Si fue un error por las huellas?, tal vez, pero recuerda que quería que me pillaran, los Uche estaban presionando desde Europa. Mi plan maestro tenía que abordar dos asesinatos más, así que convencí a Teresa de volver a Chiloé, Machado sería el próximo; también le dije que era probable que no nos viéramos más.

»En Castro fue fácil engañar a Machado, solo utilicé mis dotes de seducción y le prometí una orgía. Su buen vestir me sirvió, lo engatusé con la idea de que era distinto a los otros hombres del lugar, seres básicos. Teresa le pidió a un primo que nos llevara a Guapilacuy y me dieron las indicaciones para llegar a una playa extensa y solitaria. Cuando Machado vio que el primo de Teresa no se bajaba, comenzó a sospechar, pero era tarde; su calentura pudo más. Conoces el resto de la historia y la foto que tomó Teresa. Mi idea era usar esa foto como coartada de mis acciones en la zona centro, pues planeaba volver pronto, algo dentro de mí clamaba por regresar al Hogar y cobrarme todo. En ese momento supe de unos terrenos que el arzobispado le había comprado al Hogar sin los fondos de los Uche; me pareció perfecto y simbólico para mi siguiente paso.

»Juanita y Valparaíso fueron raros para mí. La encontré entre un montón de gente borracha y drogada en un terreno que el arzobispado tenía en el cerro Cárcel, si no me equivoco. Lo que quedaba de la casa estaba hediondo y con restos de desechos humanos, parecía el lugar perfecto para guardar evidencia. Mi objetivo era deshacerme de tanto vagabundo y sobrante social. Cuando empecé a buscar entre la pila humana, encontré a Juanita con la mirada perdida, no estaba mal vestida e iba rodeada de un aroma a perfume que era fácil de detectar. En sus ojos no descubrí nada especial para entregarme, su elección se debió simplemente a una tincada. Sé que no parece un comportamiento mío, pero entenderá, inspectora, que tenía un universo para elegir en esa pocilga. Seleccioné las doce y tanto del día porque calculé que esos vampíricos seres aborrecían la luz y las horas de trabajo. Tenía conmigo una droga del alemán y el veneno, logré introducirlos con la ayuda de Leandro a través de un contacto en la aduana. Bastó con darle una versión diluida del fármaco, ya estaba muy drogada.

Luego la amarré a una silla y dejé una pastilla de cianuro cerca de la mano izquierda desatada. Esperé a que despertara y le susurré al oído: “Único chance”; después me fui, un par de drogados me miraban, pero eran incapaces de detenerme. Al más digno le di un montón de droga, dinero y le pedí que escribiera en el cuerpo de Juanita unas letras. “Después bórrate de Valpo”, creo que le dije. Bueno, mi querida inspectora, llegamos así al padre Chicho. Antes, sí, quiero tomar un poco de agua... y necesito el gel, gracias.

»No tengo mucho que contar acá, sospecho que tienen toda esta información, si no serían bastante más penca y ordinarios de lo que pensé. Usé los contactos de mi padrastro para convencer al padre Chicho de limpiar un poco la casa de Valparaíso. Un año después de la muerte de Juanita, que nadie reclamó, me reuní con el padre en el cerro Cárcel para evaluar la posibilidad de instalar una sucursal del Hogar. Estaba con la sogá al cuello de gastos, así que le propuse que fuera un sitio para drogadictos y alcohólicos; él se mostró contrario a mi idea y alegó que el Hogar de Cristo ya se encargaba de esto. Sus planes para el lugar eran otros, pretendía adueñarse de la extensión del hogar de Santiago, pero con la idea de arrendarla para eventos y generar utilidades. Poco animada y bastante aburrida con eso, le pedí un favor especial: hacerme un masaje en la espalda aludiendo que un dolor me estaba matando. Todavía le quedaba su faceta de viejo verde, así que aceptó de inmediato y nos acercamos a una mesa que habían traído de Santiago para que los indigentes comieran. Entenderás que el veneno era fome, así que opté por cortarle la yugular. Eso lo tienes escrito, ¿cierto, inspectora? Así de corta la hice, ¡ja, ja, ja! Tomé su cuerpo inútil y lo dejé en el entretecho de la vieja casa; ¡un clásico! La prensa hablará de la loca del entretecho, ¡ja, ja, ja!, harán crónicas de episodios dantescos y no sé qué más. ¿No lo tenías en tus datos? ¡Vaya!

»Eso sería todo pues, mi dulce inspectora. No sé si las investigaciones sean coherentes con lo que he contado, pero es lo que me gustaría que se supiera y no hay más. ¿Los otros casos? Solo relleno para aumentar la leyenda y los programas de televisión. Seguro harán una serie o un libro, eso sería genial. ¿Puedo decirte al oído cómo me gustaría que se llamara?, ¿no? ¡Ja, ja, ja!, simpática. Mira, la verdad es que traté de replicar siempre mis asesinatos “importantes” con otros insignificantes. Previne que tendría poco tiempo para cometerlos, así que adelanté la pega. No cuentes al padre Chicho, por favor, no fue importante para mí. Ahora sí, ¿puedo decirte al oído cómo me gustaría que se llamara mi biografía?

CAUTIVO

Relato en tercera persona

Sergio González ha pasado sus últimos dos años en un trabajo bastante rutinario y aburrido, preso del encanto superficial del sueldo fijo y la comodidad temporal. Como cualquier otro chileno promedio, mira televisión cuando vuelve a casa, así que en pocas semanas se ha enterado del seguimiento y la detención de tal vez la peor y más macabra asesina serial que se haya tenido memoria.

La captura de Simona despierta la creatividad de los medios, así que este frío día de septiembre capitalino, Sergio ve un reportaje sobre los más crueles asesinos en la historia chilena del siglo XX.

—Yo pondría a Pinochet en esa lista —exclama Reinaldo, su compañero de departamento.

—Se refiere a los asesinos de manera individual, no sistematizados como institución. —La corrección sociológica es inevitable en Sergio.

—Pues me importa tanto como el deshielo en Marte.

—Allá tú, campeón, hoy voy a una charla sobre cultura y personalidad. Se hablará de este tema, aunque sea muy popero.

—¿Lo contemporáneo no es siempre *pop*? —pregunta muy serio.

—Tienes un afán de buscarme la rabia. Hoy no te tomaré en cuenta.

—Bueno, que te vaya bien en tu exposición, Checho.

Sergio odia ese apodo.

—Vale, gracias. Al volver podríamos tomarnos unas cervezas, ¿te tinca?

—Suena bien, acá estaré, buscando pega como siempre.

—Es difícil que la consigas sentado en el sillón. Ya, chao.

Sergio sale de casa y camina cuatro cuadras con la mirada concentrada en el paso de los comerciantes ambulantes y los que ofrecen cambios de dinero. Experimenta un poco de rechazo hacia estas personas, algo así como un sentido de ética que le hace pensar que todos los ilegales y vagabundos son gente perezosa. Camina trazando una línea recta al andar y recorre calles que reconoce plasmadas de historias, pero la mayoría no le interesan, él solo vive el día a día. Con frecuencia se pregunta si existen motivos más fuertes que el dinero para seguir la infinita rueda de infortunio.

Llega al lugar del evento y se encuentra con un cartel: Seminario de Efectos Causales para Mentes Enfermas: Rol de la Sociedad. Entra y ocupa un asiento en la sala, se percata de que no hay más de veinticinco o treinta personas. Su mirada se topa con el orador, Virgilio Monsalve, experiodista dedicado a la investigación de casos paranormales.

Monsalve comienza a hablar sobre las mentes enfermas que se enfrentan a sus propios demonios y se extiende durante treinta y tres minutos sin interrupción. Al final deja tiempo para las consultas, pero como nadie levanta la mano hace un ademán de desaire general y se prepara para retirarse. Su mayor temor es que lo consideren un farsante, un mentiroso compulsivo o un ser poco confiable. Sin embargo, Sergio se atreve a pedir el micrófono antes de que el expositor abandone la sala.

—Estimado Virgilio, entiendo que no estudia mucho en el último tiempo las temáticas paranormales, pues se ha volcado hacia lo psicosocial. Quisiera consultarle por el caso que se está poniendo de moda, la asesina serial de la que la prensa ha filtrado información en los últimos días. ¿Podría usted opinar respecto al contexto cultural de esta asesina, colocarse en sus zapatos y dilucidar en qué pensaba?

—Imposible, joven. Lo que me pides es meterme en la cabeza de ella, conocer sus inquietudes y su forma de ver el mundo. A menos que se le aplique psicoanálisis o una entrevista directa, veo poco factible lo solicitado.

—¿Entonces de qué sirve asegurar que el contexto nos construye como personas si al momento de explicar nuestros comportamientos o de requerir un esclarecimiento sobre nuestro andar, no podemos emitir juicio alguno? —Sergio ha planteado esta pregunta de forma perfecta.

—Al parecer tienes un interés personal en el caso. No soy quién para darte una respuesta categórica, pero creo firmemente que, sin el enfoque de la persona en cuestión, no podemos concluir nada.

—Entiendo. ¿Usted cree que exista algún factor en común en la forma de pensar de los asesinos seriales, ladrones enfermizos o psicópatas compulsivos?

—Empiezo a entender adónde quieres llegar. Más que buscar ese factor común que mencionas en los individuos, te refieres a si existe en la sociedad.

—Precisamente, ese es mi punto.

Virgilio toma aire tras comprobar que el entendimiento es mutuo.

—Mire, joven, en mis análisis paranormales realizados en distintas localidades, me pude dar cuenta de que la cultura no pone límites a la locura, pero sí a la cordura. Debido a esto, me atrevo a decir que estos personajes no son

más que puntos fuera de la recta.

—De modo que no podríamos anticipar algo así...

Mientras ocurre esta intervención, el resto de los asistentes permanece en silencio.

—Más o menos. Existen datos de países con mayores tasas de estos desadaptados que otros.

—Interesante. Muchas gracias, señor Virgilio. Me gustaría seguir conversando, pero no quiero acaparar la charla.

—No hay cuidado, joven. ¿Cuál es tu nombre?

—Sergio, Sergio González, señor. Un gusto.

—Pues mira, Sergio, al terminar la charla acércate y te muestro uno de mis libros sobre cultura y educación. En algunos puntos puedes encontrar lo que buscas.

—Muchas gracias, ¡se pasó!

Luego de la intervención de Sergio, otras personas se animan a participar. Tras una ronda de preguntas intrascendentes, el autor dictamina que ha llegado el momento de disfrutar del tentempié destinado a los asistentes. En este momento, Sergio se acerca a él para cobrarle la palabra.

No muchos de los asistentes se quedan, en una sala contigua se encuentra el más famoso escritor de conspiranoia y está a punto de hablar de los contactos secretos de los políticos con la Interpol. Virgilio se siente bastante cómodo, acepta que su momento de fama, principalmente televisivo, llega a su fin.

—Excelente charla, *míster*. —Sergio recurre a la informalidad alabadora.

—Al parecer no todos pensaron igual —dice al tiempo que realiza un ademán panorámico hacia la sala.

—Son solo rémoras que van de famosillo en famosillo. Yo seguí sus sagas paranormales años atrás, pero me intriga esta nueva faceta.

Permanece unos segundos en silencio esperando una reacción de Monsalve, quien solo lo mira como tratando de detectar algún engaño en sus palabras.

—Se lo digo en serio, caballero —reitera.

—Sí, sí... te creo. Hace tiempo que no tenía una especie de seguidor o algo así.

—Ya ve, siempre podemos sorprendernos.

—Correcto, joven. Bueno, toma. —Virgilio extrae un grueso documento de su bolso—. No es una versión muy digna, pero creo que te servirá. Este ejemplar me ha acompañado largo tiempo, como si estuviera esperando a quien dárselo.

—¿El borrador? No me siento digno de tanto. —Hace el amague de no

aceptarlo.

—Tómalo como un compromiso. Lo lees, me escribes un correo o me llamas y nos juntamos en algún café a discutirlo y charlar más sobre el caso que te tiene atrapado.

—Eso suena bastante bien. Si es así, lo tomaré.

Se dan un apretón de manos y un abrazo lejano. Antes de despedirse, intercambian números y correos de contacto.

Fuera del recinto, Sergio vuelve a su trabajo, esta vez cargado de buenas vibras para el resto de la jornada.

Ganancia

—Ya era hora de que llegaras, maldito. —Un compañero de trabajo espera a Sergio afuera, fumando un cigarro.

Sabe que debe quedarse hasta más tarde para compensar el cambio de horario que hizo con él, pero se siente satisfecho, la charla no lo dejó indiferente. Le intriga el manuscrito que llegó hasta sus manos, cree firmemente que encontrará más de una respuesta en él. Hizo un recorrido hacia su trabajo un poco más largo de lo habitual, se detuvo en cada esquina para hojear el libro y contemplar sus páginas escritas en roneo y a máquina; esto le añade un carácter depreciado tesoro al objeto. Con cada paso a paso, se maravillaba más con las letras de Monsalve, aunque tenía la impresión de que el texto no estaba relacionado con el tema que a él le motiva: el comportamiento psicópata.

—Disculpa —responde a su colega—, te compensaré con unos cigarrillos.

—No hay drama, como es sábado la pega está más lenta que un bolero.

—Ni me lo digas, nada de este trabajo me motiva.

La Isapre Segura está a punto de quebrar como institución tras veinte años de bonanzas y dos años de paupérrimo desempeño.

—Éxito, entonces, flaco. Me borro en dirección a una cerveza larga y helada.

—Buen finde.

Se despide de su colega con un ademán apresurado, solo el libro, o borrador de libro, le parece interesante en ese momento.

Trascurren dos horas en el laburo sin clientes ni casos, así que Sergio se dedica a leer esos papeles viejos, pero concordantes. Ha tomado un par de apuntes, pero sigue convencido de que no llena sus expectativas. El texto aborda el tema de la desigualdad y acceso a la educación, en razón al contexto cultural de las personas. “Muy Ralph Linton”, piensa, recordando a uno de sus autores favoritos. Igual llamará a Virgilio, está decidido a no perder contacto con él.

En medio de unas páginas, descubre algo increíble: una hoja inserta en medio de las tres cuartas partes del libro. Se puede leer lo siguiente:

No logro terminar mi escrito original con las ganas que quisiera. Desde este momento, escribiré sobre lo que más me motiva ahora: el tema de la psicología de masas en comparación con la psicología personal.

Se da cuenta de que haber aguantado la lectura tiene su premio, ahora se adentra en un tema más cercano a su interés. Por fin entiende por qué Virgilio le regaló el ejemplar y le propuso una mutua colaboración.

Pasan dos horas más y nada cambia en el panorama laboral. En algún momento, el personal de aseo y vigilancia le insiste para que abandone las instalaciones, es hora de cerrar. Ha pasado tanto tiempo leyendo que ignoró todo lo que pasaba a su alrededor, ahora lo invade el éxtasis. Sabe que ha encontrado palabras claves que lo ayudan a armar un puzle, mas no a resolverlo; está en búsqueda de la apertura mental definitiva. Olvidó que debe visitar a sus padres al salir, pero recuerda el compromiso gracias a una llamada.

—Compra galletas Top-tip, lo prometiste.

Esa frase es lo único que escucha de forma insistente mientras trata de unir todos sus conocimientos con los apuntes y notas de Virgilio Monsalve. Su cabeza es un carrusel de pensamientos que van y vienen, sus preguntas sin respuesta lo torturan.

Treinta minutos, le falta poco para llegar a esos antiguos departamentos ubicados en el centro. Sergio trata de enfocarse en recordar si algo le falta, hasta que vagamente se da cuenta de que las galletas se quedaron en su subconsciente. “¡Maldición!”, piensa. Debe resolver el pedido de la madre, así que regresa sobre sus pasos un par de cuadras para realizar la compra. Sin embargo, no hará falta que lo haga.

—Acá tengo la solución, cabezota.

Aparece su padre como un salvador, lleva en la mano una bolsa con diferentes productos.

—¡Ja, ja, ja! Gracias, papá.

—Fui a comprar estas frutas para hacer macedonia y me acordé de que nunca estás atento a los pedidos de tu madre. ¿Cómo has estado, hijo?

—Muy bien. Por ahora con hartito que pensar.

—¿Mucho trabajo?

—Para nada, esa oficina vacía me aburre mucho. Espero postular al diplomado abierto de investigación metodológica.

—Sigues con la idea de estudiar eso. ¿Te sirve laboralmente? —No puede ocultar el dejo de frustración en su voz.

—No sabes cuánto. Además, es vespertino, no afectaría mi de por sí escaso trabajo.

—Entiendo.

La cena transcurre entre protocolos familiares e incomodidad. Al finalizar,

Sergio se retira con la idea de volver a conversar con Virgilio. Considera que los apuntes de su libro contribuyen a sustentar su cosmovisión, son el real alimento que necesitaba. ¿Y si descubre un factor común?, ¿y si logra descifrar la mente de los asesinos sin importar cuál sea?

La intriga aflora en su vida común de habitante de las urbes, pone algo de color a la repetitiva existencia citadina que lo aprisiona. Ni siquiera las vacaciones logran motivarlo de esta manera, la mayor parte del tiempo solo piensa en volver a trabajar para no aburrirse. Los días son eternos para él y sus quehaceres completamente triviales.

Realiza su caminata habitual hacia el departamento donde vive. Recuerda que debe lidiar con su compañero y sus clásicos carretes de sábado; justo ahora no quiere saber nada eso, solo interrumpirán su lectura. Cerca de su puerta principal percibe el indeseado bullicio, aunque, pensándolo bien, tal vez la cerveza pensada en la mañana no le vendría mal.

Recibe el brebaje nada más entrar, su compañero de departamento pone frente a su cara una pilsener y un pocillo con ramitas. Sabe que el intento de reflexionar en esas condiciones es nulo, así que se convence de distraerse durante un rato. Acepta con una sonrisa resignada la bebida y la botana que le ofrecen.

—A botar la semana, Chechín.

Incluso esa variante del apodo que le carga escuchar no le molesta.

—Créeme que lo necesito.

—Y mira lo que te tengo —dice al oído Reinaldo al tiempo que señala hacia el fondo, donde dos muchachas están sentadas en el sillón—. Elija, compadre, hoy estoy dadivoso.

Sergio no puede evitar reír de esta curiosa propuesta, sabe que Reinaldo nunca concreta sus planes.

—Siempre buscando más de las cosas, poh.

—Chicas, les presento al Checho, mi *partner* de depa.

Sergio se siente un tanto molesto e incómodo por esta presentación, así que se limita a hacer un ademán de saludo.

—Se hace el tímido nomás —agrega Reinaldo.

—Hola, creo que nos conocemos. ¿Eres de la Isapre Segura?

—Pues sí. Si fuiste clienta, es probable que me hayas visto ahí.

—Te recuerdo bien, me aconsejaste cambiar de empresa, cuando tu pega era retenerme. —Su comentario es acompañado por una risa.

—Bueno, sí, hace tiempo que mi propia ética me impide recomendarle a la

gente que se quede en esa nefasta organización.

—¿Y por qué no renuncias? Por cierto, mi nombre es Sandra.

—Hola, Sandra. Mira, mi única respuesta es que no tengo más competencias para otro trabajo. Me titulé de asesor comercial y no soy nada más. —Sergio ha repetido la misma respuesta cada vez que alguien pone en evidencia el malestar que le causa su trabajo.

—Ya, para, viejo, eres un capo —interrumpe Reinaldo—. Sabe de todo este tipo, pero lamentablemente este país es muy cartonista. No voy a saberlo yo, estoy carreando sin culpas pese a mi cesantía y mi título de coordinador de salud.

—Pero tienes lo tuyo —acota la otra joven—. Eso es lo que interesa... por ahora.

—Tú y tus salidas, Amanda. —Sandra le da un golpe suave en el hombro.

—Mejor disfrutemos este fin de una semana horrible. —Sergio cierra el momento con un brindis forzado.

—La palabra justa en el momento justo, hombre —completa Reinaldo.

Giros

La fiesta continúa durante la hora siguiente. Las conversaciones son livianas, los invitados ríen alegres y cuentan anécdotas variadas, en especial las típicas historias desenfadadas, lo que sea necesario con tal de romper el hielo.

Sin saber muy bien cómo, Sandra se queda a solas con Sergio. Reinaldo y Amanda han orquestado un juego previo para escabullirse hacia la cocina.

—Así que te interesas por los asesinatos en serie —Sandra cambia drásticamente el tono de la conversación, Sergio ha demostrado algo de conocimiento sobre este tema unos minutos atrás.

—Ah... sí. No esperaba una pregunta tan tajante. Me interesa el tema, he investigado y me siento inquieto con la idea de encontrar un factor común entre las mentes de los grandes criminales.

—¿Piensas que algo así es posible?

—En general, no, aprendí que el factor común que busco debe ser en distintos tipos de crímenes, porque cada crimen tiene un comportamiento e interés muy distinto.

—Asumo que el caso de la asesina que pillaron hace unos días te hace ruido.

—Pues sí. Salvo la tipa gringa que mató a sus abusadores, no había oído de mujeres asesinas en serie.

—Aparte que es raro en Chile. ¿Será peor que el chacal de Nahueltoro?

—De más que sí. Esto es asesinato en serie. Aquí se conocen unos tres o cuatro casos, pero siempre se pudo atar un hilo entre cada uno de ellos. En este no han encontrado relación entre cada asesinato, eso señala algo distinto. Al mismo tiempo, sigo pensando que debe existir un elemento común, un punto que una todo.

—¿Te puedo contar un secreto? —La chica se pone frente a Sergio y lo mira fijamente.

—Sí, claro —responde él un tanto nervioso.

—Soy hermana de la persona que está a cargo del caso.

Durante un instante abre los ojos, sorprendido, pero luego su mente se llena de pensamientos suspicaces.

—¿Debo creerte así nada más? En los medios no han dicho quién está a

cargo, no me tomes el pelo.

—Mira, no sé si es el alcohol o el hecho de que hace mucho tiempo que no conocía a alguien a quien le interesaran estas cosas. Mi amiga es de un mundillo no muy proclive a discusiones filosóficas.

—¿Amanda?

—La misma; al parecer se lleva genial con tu amigote. Yo, en cambio, en cada salida con ella debo tener esperanzas de encontrar a alguien interesante para conversar. Por favor, no me malinterpretes.

—No lo hago, pero dudo de tus palabras, entenderás por qué.

—¿Crees en las coincidencias?

—No. Aunque esta lo fuera, pienso que solo es una farsa de Reinaldo para que te preste atención y pueda encamarse con tu amiga.

—Nada más lejos de la realidad. Me siento ahogada con lo que sé.

—Aún así, dudo que tu hermana, en caso de que posea el cargo que dices, te cuente de su trabajo. —Dicho esto, Sergio comienza a comer los bocadillos que tiene cerca de forma desesperada.

—Puedes ver las noticias si quieres. Mi mentira, según tú, al menos coincide en los apellidos.

—Morena Cabello lleva el caso.

—¡Pensé que no lo sabías!

—He investigado por mi cuenta.

—Mi nombre es Sandra Cabello.

—Te doy el punto de que es una mujer quien está a cargo. No estamos tan mal por ahora, pero solo por ahora.

Sandra no puede evitar una sonrisa.

—No te convenceré si es que no quieres creerme, tampoco te mostraré mis credenciales. Déjame decirte que siento fuertes deseos de contarte sobre el caso, has demostrado un interés real y durante la conversación, cuando estábamos los cuatro, mencionaste lo metido que estás en esto. Me parece que necesitas saber, me siento cautivada por la motivación genuina que detecto en ti.

—Asumiendo que te creo, ¿cuánto sabes del caso? Digo, para saber cuánto puedo preguntar.

—Pues pregunta y veamos... asumiendo que me crees.

A ella le parece un juego interesante. Sin embargo, Sergio es impenetrable, no encuentra ningún gesto en su rostro que confirme si realmente le cree.

—¿Puedo terminar mi cerveza primero?

—¿Irás por otra?

—Por supuesto. Con esto mi confianza se debilita y todo será más fluido.

—Excelente, vaya usted.

Apura la cerveza que tiene en la mano y se pone de pie rumbo a la cocina. Espera encontrar a los otros dos actores de la fiesta, pero no están ahí. Rellena unos cuantos pocillos con maní y papas fritas y los lleva de vuelta al sillón con parsimonia, uno a uno, como alargando el momento de iniciar esta especie de interrogatorio. En su último viaje a la cocina trae una cerveza, y una botella de vino para Sandra, ya detectó que le gusta.

—No creo que esto termine bien si seguimos a este ritmo, Sergio.

—La clave es comer. Bailar también, pero no es lo mío.

—Bueno, tú dirás. —Recibe el vino en su copa y lo mira, expectante ante las preguntas que él hará.

—Es extrañísimo todo esto, pero ya estamos acá.

—De lo extraño nacen las respuestas.

Sergio piensa durante un momento en la charla de Virgilio, la conversación con él, el libro y sus reflexiones posteriores. Ahora se encuentra con esta chica que desea proporcionarle información sobre el tema que tanto le interesa, ¿es real lo que está ocurriendo?

—Bien. Primera pregunta... ¿Cuál es el nombre real de la asesina?

—¡Ja, ja, ja!, buen comienzo. Si el nombre que me dijo mi hermana no está en clave, es Simona Ferrara.

—Nombre italiano, interesante. —Sergio nota que la respuesta fue construida rápidamente—. Simona, Simona, juraría haberlo escuchado antes, pero sigamos. ¿Es cierto que no han descubierto todavía un hilo que vincule los crímenes?

—Eso está en la prensa.

—Te pregunto para que me des la perspectiva real.

—Mi hermana cree que Simona es simplemente una loca que asesinó al azar. Las claves que le faltan pretende sacarlas cuando la interroga.

—Asumo que no habrá prensa en ese interrogatorio.

—Obvio, los relatos serán crudos. Por favor, detalles sobre los crímenes no me preguntes, solo sé lo superficial y es fuerte.

—Tampoco me interesan. No soy morbosos, pero si alguna vez tuviera que investigar más, no me quedaría de otra, es la única forma de hacerme la imagen que busco.

—Entiendo. Siguiendo pregunta.

—¿Qué tanto de esta situación piensas que estoy creyendo?

—Todo; de lo contrario, habrías terminado con esto. ¿Me equivoco?

—Tal vez sí, tal vez no. Con un poco más de acierto sacaremos los argumentos de un tiro para evaluar lo que creo o no.

—Solo te planteo que la casualidad es máxima y la oportunidad mínima. Difícilmente volveremos a vernos.

Hay algo potente en sus palabras, la posibilidad de elección es definitiva para la velada.

—Seguiré, pero aún no me convengo. Próxima pregunta, ¿qué ganas con todo esto?

—Evitar la soledad. No soy ingenua, sé que muchos hombres me buscan por mi físico y belleza, pero no por lo que pienso. Cuando busco una buena conversación y barajo opciones de amistad, debo al tiro establecer el círculo de confianza y hablo sobre el caso de Simona; es fundamental para mí en estos momentos.

Sergio analiza este razonamiento durante unos momentos. En realidad, no siente que Sandra le atraiga.

—¡Buen entrenamiento! No has pestañeado ni arrugado la cara. La impresión me debe marcar que no mientes.

—No lo hago, Chechín. Relájate y sigue preguntándome, tú también debes convencerme de revelarte cosas.

Sergio frunce el ceño.

—A ver, a ver, ¿cuándo es el interrogatorio?

—La semana entrante.

—¿Tan pronto? No me suena creíble.

—Verás, mi hermana dictó una charla en un encuentro de periodistas locales que han optado por otros caminos distintos al periodismo puro; fue la invitada estrella de este año en un evento. El evento se realizó el pasado martes y por primera vez se dieron detalles sobre el caso a personas ajenas a la investigación.

—¿Qué la motivó a aceptar eso? Podría perfectamente haber rechazado la invitación.

—Había mucha presión. Algunos de los entrevistados revelaron parte de la información a cambio de dinero, estaba claro que, si no iba, los mismos colegas de su organización se valdrían de las redes para obtener datos. Decidió proporcionar un pilar informativo, no sesgado y carente de posverdad.

—Interesante. —Se relaja un poco, siente que cede ante la confianza entregada—. Igual es raro, no debe tener gente de confianza en el medio. Creo entender que usó el viejo truco de “ya lo dije” para construir la realidad que

necesita.

—Pienso exactamente lo mismo. Tal vez mi hermana busca eso que dices, pero aparte creo que se siente tan ahogada como yo, aunque con mayor apremio, ya que ha presenciado detalles más potentes.

—¿Has visto alguna foto del caso?

—Solo una, un joven muerto en una playa.

—¿Una playa? —No puede ocultar su interés por este hecho.

—Sí. Al menos eso pude identificar en la foto. Una persona aparecía junto a unos huesos con trozos de carne similares a costillar al horno.

—¡Impactante!

—Y asqueroso. Lo peor es que ella aparece en la foto.

—¿Tu hermana?

—¡Noooo!, ¡la asesina! —Sandra mira fijamente a Sergio para observar su reacción—. Aparece posando.

—¡Vaya loca! Algún patrón tiene que haber, me niego a pensar que sea azaroso.

—¿Piensas que es locura? —Pregunta en un tono un tanto irritado.

—¿Qué más da? —Le incomoda la pregunta—. ¿No estás de acuerdo con mi prejuicio?

—Eres muy inteligente para ser prejuicioso a la ligera, pero lo suficientemente humilde para no parecerlo.

—Creo que vas por el camino de la adulación barata con tal de que compre todo lo que me quieres vender.

—¿Qué te estoy vendiendo? —Esta vez su voz suena apremiante y amenazante.

—Una historia paralela, inventada y atornillada para que me guste; detecto que esto no es más que una mala forma de amistad de Reinaldo. Me pareces espectacular y todo eso, pero estoy en el momento cumbre antes de avanzar en el conocimiento que siempre busqué.

—¿Momento cumbre? Suenas como si a alguien le importara lo que investigas. A mi modo de ver, eres un desconocido que no tiene nada y que le importa a nadie.

Sergio se pone sudoroso y algo pálido ante la crudeza de estas afirmaciones.

—Guau, hiriente es la cosa ahora. —Se aleja un poco de ella, quiere marcar distancia.

—Es que no te entiendo, en este punto deberías ver que todo es un juego... Discúlpame. —El celular de Sandra comienza a sonar—. ¿Sí? ¡Hola! Ningún

problema, así será... Correcto... ideal. —Se levanta del sofá y se aleja de la estancia para hablar con libertad.

Sergio está desconcertado, pero también algo triste. Ha comenzado a aburrirse de la conversación, sobre todo al considerar que su acompañante acaba de confesar que todo es un juego. Si es que realmente esto último es cierto, no tiene ningún interés para él ni hay posibilidades de reflexión. Sopesa durante un momento la conveniencia de seguir a Sandra para terminar su charla como debe ser, o bien despedirse para ir a dormir. La situación se vuelve circular y parece que no tiene salida. Su único recurso es el contacto con Virgilio, espera llamarlo lo más temprano que pueda al día siguiente.

Decide esperar a Sandra para decirle que es mejor terminar la velada. Ella regresa de su llamada telefónica con el rostro impávido, pero al mismo tiempo como simulando una necesidad de hablar con él.

—Me tengo que ir, Sergio.

—Era de suponer. Todo se tornó extraño desde que me dijiste que eras hermana de la persona a cargo de seguir a esa tal Simona... Ferrara...

—Podría darte una última oportunidad de reivindicarte.

—¿Cómo así?, ¿reivindicarme de qué?

—De saber algo más, etéreo o tangible. —Adopta una expresión enternecedora para que Sergio entienda que quiere quedarse a conversar con él, más allá de la obligación impuesta por la llamada telefónica.

—Pongamos fin a esta farsa. Si quieres tener sexo conmigo, dímelo y te doy la respuesta inmediata.

Sandra no puede ocultar su impresión, pero tampoco pierde un segundo. Toma la mano de Sergio y lo lleva hacia una de las piezas del departamento.

—Así que era en serio —balbucea él.

—Bien, aquí estamos. ¿Quieres tener sexo conmigo? —Apoya su cuerpo en el dintel de la puerta y lo mira con decisión, espera una respuesta inmediata.

—No, realmente no quiero.

—Perfecto. ¿Confías en mí? ¿Quieres que conversemos más o no me crees?

—Sabes... en realidad creo que deberías irte. —Es su sentencia final.

—Bien. No me molestaré en darte mi contacto. —Está algo molesta, pero permanece tranquila.

Sandra recoge sus cosas y sale del departamento sin añadir ni una palabra más. Sergio se queda atónito, pero le resta importancia al suceso y se dirige a su pieza. Necesita descansar.

Después de un sueño reparador y algunos sueños inconclusos con Sandra,

Sergio se dispone a ponerse en contacto con Virgilio. Su intención real, sin embargo, es sacarle más información sobre los perfiles de los sociópatas.

Antes de hacer la llamada, se prepara un buen desayuno y lo engulle con calma en la cocina. Ordena un poco el *living*, sabe que es poco lo que puede esperar de su “amigo” Reinaldo. El día está reluciente, algo le dice que la jornada será provechosa.

—¿Levantado tan temprano un domingo? —exclama con sorpresa al ver a su fiestero compañero.

—El amor, mi querido amigo, me llegó el amor.

—Mira tú, quién lo diría. —Sergio sonríe con un poco de ironía, es la cuarta vez en dos meses que escucha lo mismo.

—¿Y a ti cómo te fue, campeón?

—Bien, simpática tu amiga, pero no pasó a mayores.

—Lástima, es muy rica la tonta.

La sonrisa de Sergio se desdibuja un poco, no acostumbra a referirse a las chicas de este modo, siempre siente un poco de culpa por como otros hombres hablan del género opuesto.

—Bueno, ya está. Voy a caminar un rato al parque, tengo que terminar de leer algo.

—Póngale, don fomedad, yo comeré algo rápido para llevar a mi nueva amada al cine. Por cierto, un viejo vino a preguntar por ti.

—¿Un viejo?

—Sí, tenía un bigote simpaticón y lo acompañaba otro aún más viejo, medio rubio. ¿Qué onda, compadre?

—Ni idea, viejo, podría ser Virgilio o qué sé yo.

—¿Virgilio?

—El hombre de la charla de ayer. Pensándolo bien, es imposible que viniera él, no sabe dónde vivo.

—¿Y tu padre?

—Es posible, pero no usa bigote, recién lo vi y no le conozco a nadie cercano que sea rubio. Da lo mismo, me voy al parque.

Sergio termina de recoger algunas cosas y se cambia de ropa en su pieza. Cuando considera que está listo, sale del departamento, pero en la puerta se topa cara a cara con dos hombres: uno lleva bigote y el otro es rubio.

—Buen día, joven. —El hombre de bigote lo saluda—. Mi nombre es Leandro Núñez, él es mi amigo Rolf Rigrutz; necesitamos que vengas con nosotros.

—¿Dijo Rolf?

—Sí. ¿Algún problema?

—¿Acaso es alemán? —Sergio suda a borbotones.

—Es más que notorio, ¿no crees?

A su espalda, Reinaldo nota que algo ocurre en la puerta al escuchar la conversación, así que se acerca para comprobar.

—Compa, estos son los viejos que te dije.

—No me siento bien, Rei. —Sergio siente que todo le da vueltas. Sin saber por qué se ha mareado, pero intuye que de alguna forma se relaciona con la aparición de estos dos personajes desconocidos.

—¡Estás pálido! —Reinaldo lo sostiene, teme que pueda caerse—. ¡¿Qué le hicieron?!

No ha terminado de pronunciar sus palabras cuando ambos hombres lo toman de los brazos. Leandro saca un arma y lo golpea con la culata en la nuca para aturdirlo, mientras que Rolf esgrime una jeringa cuyo contenido le inyecta en el brazo. Reinaldo se desvanece al instante. No sabe qué ha ocurrido, pero acaba de recibir una dosis alta de *Flunitrazepam*.

Con este imprevisto resuelto, Rolf y Leandro se dirigen a su objetivo, que se encuentra apoyado en el marco de la puerta luchando por no desvanecerse.

—Vendrás con nosotros, Jonatan.

—¿Jonatan? —alcanza a murmurar—, ¿quién es Jonatan?

La luz se apaga ante sus ojos. Los hombres toman ambos cuerpos, deben desaparecer de ahí antes de que alguien note lo que ocurre.

Gusanos

Muy lentamente, la visión y la audición vuelven al otrora Sergio, ahora convertido en Jonatan. Cuando está despierto y sus sentidos son capaces de ubicarse en la realidad, descubre que está amarrado a una silla y no puede moverse. Mira a todos lados, pero no sabe dónde se encuentra, el lugar es irreconocible. ¿Se tratará de una gran broma de mal gusto de Reinaldo? No, es incapaz de tanto. Además, poco a poco su mente es invadida por imágenes confusas que se entrecruzan, le cuesta distinguir los recuerdos de los sueños.

—¿D... dón... dónde estoy?

—Bienvenido a la realidad, joven Jonatan.

Al escuchar esta respuesta vuelve a mirar en todas direcciones, unos minutos antes creyó estar completamente solo. Sin embargo, ahora reconoce a los mismos hombres que lo secuestraron de su departamento. El que se identificó como Leandro conversa con el anciano en alemán.

—No soy quién piensan.

—Creo que es hora de explicarte todo, Jonatan.

—Sería bueno porque... ¡aaaaaaaarg! —Una jaqueca endemoniada estalla en su cabeza, nunca ha sentido algo igual.

—Tranquilo, es la droga inversa, el último gran invento de Rolf.

—¿Inversa?

Todo en su cabeza gira, recuerdos, pesadillas y dolor se entremezclan, es imposible que piense con claridad, menos que idee una forma de salir de ahí. De repente, sus ojos se cruzan con un bulto inmóvil en el suelo, un rayo de entendimiento cruza su mente.

—¿Qué le han hecho a Reinaldo?!

Los hombres ignoran sus quejas, su confusión carece de importancia.

—Mira, desgraciado, tu nombre real es Jonatan. Fuiste un integrante del Hogar Venir a Mí en tu niñez. Cuando creciste te enviaron a Noruega para buscar a una persona y luego te llevaron a Francia, donde permaneciste un tiempo hasta volver a Chile.

Sergio-Jonatan escucha la historia y sabe, cree que no tiene sentido, pero es incapaz de pensar, el dolor de su cabeza es insoportable.

—¡Aaaaaahhgg! —Es todo lo que alcanza a pronunciar.

—Al parecer hace efecto tu invento, Rolf.

El anciano no se inmuta, así que Leandro repite la frase, esta vez en alemán.

—No entiendo nada, por favor. ¿Quieren decirme quiénes son?, ¿qué quieren de mí?

—En estos momentos, somos tus jueces y traemos tu sentencia necesaria.

Tras pronunciar estas palabras, Leandro se acerca al bulto que es Reinaldo en el suelo y expone su rostro inconsciente.

—¡Déjalo ir...! ¡Deja en paz a...! ¡Rei...nal... do...! —En su mente, un recuerdo fugaz se asoma—. ¡La mierda...! ¡Es Denis!

—Muy bien, vamos recordando. Sigue así.

—Pero creí... ¿Qué cresta pasa?

Todo es demasiado confuso. Si su amigo no es quien él creía que era, ¿entonces qué quedará para sí mismo?

—Ambos sufrieron un tratamiento en Francia a cargo de este señor y con la ayuda de nosotros —explica Leandro.

Nada tiene sentido, pero pensar es una tarea casi imposible, su frente palpita como si estuviera a punto de estallar.

—Mi dolor de cabeza es horrible, denme algo para tomar, por favor.

—No servirá, inhibe el efecto del fármaco creado por Rolf.

—Rolf... ahora me suena ese nombre, pero no recuerdo de qué. Recuerdo imágenes.... ¿pero son reales? —A pesar de estar amarrado a la silla, se evidencia la tensión que experimenta en cada músculo de su cuerpo—. Denis también es del Hogar, ¿cierto?

—Al parecer, no tengo la información concreta. No tenemos mucho tiempo, Jonatan, toma tu antiguo rol de una vez.

—¿Antiguo rol? ¡Estás demente! ¿Quién ha armado esta demencia pura?

—Vaya, aún no recuerdas todo.

Permanecen en silencio unos minutos más. El ahora Jonatan solo tiene ojos para Leandro, pues el alemán no presta mucha atención a lo que ocurre. La jaqueca es insoportable y, a pesar de sentir que recuerda algunas cosas de ese otro yo, todavía no entiende qué esperan de él.

De pronto, entra en la sala una figura conocida.

—¿Sandra? ¡Sabía que te traías algo extraño, puta!

—Mi nombre es Teresa, soy una vieja amiga de Simona Ferrara.

—¿Simona Ferrara?

Al escuchar este nombre, Jonatan comienza a vomitar sobre sí mismo, está inmovilizado y termina manchándose el pecho y los pantalones. El espantoso

olor lo aturde aún más.

—¡Es imposible! ¿Ella está detrás de esto?

—Te imaginaba más alto. —Teresa se hinca ante él para observarlo mejor, el olor del vómito parece no molestarle—. Así te ves más bajo que todos.

—Sigo sin entender por qué todos ustedes, malditos enfermos, están haciendo esto. —Aunque reconoce el nombre de Simona y la sensación que le trae no es agradable, aún no logra reconstruir toda la historia en su cabeza.

—Por orgullo, obviamente. —Teresa se levanta, desata a Jonatan y lo arroja de la silla—. Hice mi papel, ahora te toca a ti, querido.

—¿De qué papel hablas?

—Simona quiere que termines esto.

—¿Simona? ¿Acaso está viva? Espera... en eso no me mentías, ¡es la asesina!

Los recuerdos de quien fuera Sergio y ahora es Jonatan se entremezclan, ¿cómo se relaciona él con esa asesina serial? Cuando intenta llegar hasta el fondo de las imágenes, el dolor de cabeza se hace más intenso y grita con todas sus fuerzas.

—Acá nadie te escucha, querido.

—Aléjense de mí, malditos... —Hace un gesto de retroceder, pero continúa bajo los efectos de sustancias sicotrópicas.

—¿Crees que Simona o las otras chicas que violabas gritaban igual? —El cuerpo de Teresa se pone rígido.

—¿De eso se trata esto?

—Obvio, pero tú no tienes muchas alternativas. Simona construyó una vida para ti acá en Chile, nadie sabe que existes.

—Pero ¿y mis padres?

—La madre Celeste y su hermano son tus padres.

—¡Imposible! —Sin embargo, algo en la mente de Jonatan le dice que esa es la razón del vínculo tan distante que sentía con ellos, además de los pocos recuerdos que podía relacionar con su supuesta familia—. ¿Qué hay de mi trabajo?

—Esa mugre que llamas trabajo no fue más que una careta. El club movió influencias en algunos partidos políticos de acá gracias a sus contactos en Europa. De todas formas, Leandro hizo gran parte de la pega.

—¡Aaaaarg! ¡Por favor, denme algo para mi jaqueca!, ¡se los suplico!

—Nada de nada, el proceso no se completa si tomas otras cosas —interrumpe Leandro.

—Aún no puedo creerlo, todo este tiempo mi vida ha sido una farsa.

Ante esta realidad Jonatan, pusilánime, comienza a llorar como un niño de pecho. Nunca había estado más triste, ni siquiera cuando se lamentaba de su repetitivo trabajo falso ni cuando asistía a las frías cenas con una familia que jamás sintió suya.

—Tranquilo, a todos nos costó procesar esto cuando nos dimos cuenta.
—Teresa posa una mano sobre su hombro.

—¿Cuenta de qué? —Es incapaz de controlar sus sollozos.

—De que nuestra vida ha sido manejada por Simona. Mira a tu alrededor, el factor común que buscabas está ante tus ojos.

—Simona...

—Lógico. Ahora estamos todos acá, procurando que su idea salga bien. El alemán tiene sida por culpa de ella y Leandro le inventó que en Chile se está trabajando en una cura. Por supuesto, su mente enferma solo se convenció cuando le dijimos que el mercado negro experimenta con personas.

—¿No tiene deseos de vengarse de Simona?

—No entiendes nada. ¡Tú eres la venganza! El alemán representa a los enfermos del club.

—¿Qué quieres que haga? —El miedo se refleja en su rostro.

Ante esta pregunta, Leandro saca nuevamente el arma. Jonatan nota que la manipula con guantes.

—Toma esta puta arma y acaba con el alemán. Después nos vengaremos de Simona.

—¿De Simona? No entiendo.

—El alemán es el mal menor ahora, pero Simona es el verdadero peligro. Este entramado es un juego para ella. Hoy es su última noche antes del juicio y somos invitados estelares. Apúrate, decide de una vez.

Jonatan se levanta del suelo, confundido. Sus movimientos son tan erráticos como sus recuerdos, pero poco a poco le parece que la historia cobra sentido en su cabeza. Estupefacto, toma el arma que le entrega Leandro, siente en sus dedos desnudos el frío del metal.

El alemán mira le escena extrañado, pero no tiene tiempo de comprender. Sin dudar más, Jonatan le revienta la sien con un disparo preciso; Rolf cae al piso, inerte.

Consumado el acto, el arma resbala de sus dedos. Jonatan siente sus miembros rígidos y pierde el conocimiento; su cuerpo comienza a temblar.

Genialidad

El domingo continúa y el lunes por la mañana Jonatan viaja hacia la sala de tribunales; no ha pronunciado palabra desde el asesinato del alemán. Sus dos vidas pasan por su mente como si las viera en una película clásica, intenta descubrir cuál es la realidad y convencerse de que es Sergio, pero le resulta imposible. Se ve obligado a aceptar su verdad, esa que muchas veces no tiene dueño claro.

Escalón tras escalón, rodeado de una prensa que no entiende qué hace ahí ni quién es él, se dirige a la entrada de los tribunales. En la recepción le recibe Leandro junto a un elegantísimo anciano.

—Bienvenido, Cerón —dice fuerte el anciano.

—¿Cómo estás, Agustín? —responde al estrechar su mano—. Este es el joven que te comenté.

—Muy bien. Debe hablar con el oficial Barros... ¡Barros!

El anciano Agustín está sereno, pero se nota en su voz y su porte la impaciencia de quienes están habituados a que todas sus órdenes se ejecuten al momento. Es enemigo de la familia Uche. Un policía se acerca raudo hacia ellos.

—Barros, dile a tu jefe que este joven quiere ser testigo en el juicio.

—Entendido, señor. —Se retira al instante.

—Muchas gracias, Agustín, el club te lo agradecerá con creces.

—Ni lo menciones aquí, Cerón... mejor te diré Leandro. ¿La de allá es Teresa? —El viejo apunta hacia un taxi.

—Sí, ella es.

Antes de que la mujer los alcance, se acerca al peludo oído del viejo y susurra:

—¿El trato se mantiene?

—Por supuesto, hombre. La llevamos a Europa y allá la tratamos. Será la única voluntad que cumpliremos de Simona; por lo demás, su muerte evitará que se sepa de nosotros.

—He aprendido más de ti estos dos años que en toda mi vida.

—Déjate de sentimentalismos y entra.

—De acuerdo.

Se despide del viejo y le hace señas a Jonatan para que se acerque. Juntos

ingresan al tribunal.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Jonatan vuelve a hablar al fin.

—Sí, claro, dime.

—¿A cuánta gente mató Simona?

—La justa y necesaria.

Un agente los detiene en la puerta, es imposible que asistan al juicio hasta que se convoque a los testigos. Se resignan a esperar todo lo que sea necesario, lo cual significa unos ciento treinta minutos. El tiempo transcurre lento para Jonatan, pues Leandro repasa con él todo lo que debe decir.

Cuando por fin llega el momento, la voz lejana del magistrado convoca a Jonatan Véliz. Antes de atreverse a entrar, mira con mucha pena a Leandro, teme lo que está a punto de decir en su calidad de testigo. Su papel consiste en explicar que Simona obligó a Teresa a estudiar teatro e hizo que Leandro preparara la llegada de Rolf a Chile para que muriera en sus manos, no sin antes revelarle al antiguo Sergio su identidad real. El resto, era una locura casi imposible de creer: Simona quería que Leandro usara todas las influencias posibles para cumplir un último deseo.

Antes de ingresar, una idea nueva invade la mente de Jonatan.

—¿Pudo usted contarle a Simona sobre su niñez, don Leandro? —Está sufriendo una regresión a su estado previo al tratamiento de Rolf, todavía confunde la realidad con las pesadillas.

—No, se supone que debo gritarlo cuando termine el juicio.

Jonatan no entiende, ¿quién lo ha orquestado de esa forma?, ¿la propia Simona?

—¿Cómo carga con tanto? —Su voz está quebradiza.

—No puedo. Tengo una depresión horrible que me ha alejado de mi familia y me ha quitado años de trabajo profesional. Simona me dijo en una de sus cartas, cuando volvió a Chile, que no hay justicia en la historia, para ella todo es individual.

—¿Usted cree eso?

—Este es el momento de creer, Jonatan. Este es...

Jonatan entra al salón ante la insistencia del juez, otro amigo de Agustín. La caminata le resulta larga y lenta, percibe cómo cada paso resuena igual que un bombo debajo del agua. Se dirige al palco que le corresponde, pero antes gira la cabeza y se encuentra con el rostro de Simona; lo mira sonriente.

Algo en su interior se quiebra.

—¿Qué es toda esta mierda, Simona? —Rompe en llanto en menos de un

segundo.

—Le recuerdo que no puede hablar hasta hacer el juramento —replica el juez, tratando de imponer orden.

—Da igual, señor —responde entre balbuceos.

—¿Se siente bien? Por favor, no se desmaye, con lo que escuchamos acá dan ganas de vomitar.

Jonatan se tambalea. El público presente permanece expectante, se da cuenta de que saliva en exceso y se toma el estómago con las manos. Algo no está bien.

—¡Está convulsionando! ¡Traigan una ambulancia, urgente! ¡El resto, orden!

El juez reparte sus indicaciones, pero apenas son escuchadas por lo impresionante de la escena.

—¡Orden! ¡Orden! —brama sin éxito.

Un revuelo domina a los asistentes, se escuchan gritos de angustia y llamadas a hacer algo, pero nadie se mueve para socorrer a Jonatan.

De pronto, las puertas de la sala se abren y entra Leandro escoltado por los guardias, quienes lo llevan asido de los brazos.

—¡Tu padre era del club de los cochinos! —chilla con todas sus fuerzas—. ¡Llegó a este país para formar redes y te abandonó porque la Iglesia lo ayudó a través de los hogares! ¡Tú fuiste moneda de cambio! ¡Tu madre seguramente fue alguna prostituta o una joven abusada en Europa!

Simona, que ha permanecido impávida ante toda la escena, deja caer unas cuantas lágrimas. Al final, después de tantos años, ha confirmado algo que dentro de sí sospechaba que era posible. Tiene las manos esposadas tras la espalda, pero levanta la cara lentamente y posa su mirada fijamente en Morena Cabello, sentada a su lado. Un oficial que se encuentra a sus espaldas termina de hablar a través del auricular y deja una píldora sobre el mesón, entre ellas, junto a dos vasos de agua.

—Se disuelve en agua fría, inspectora —dice Ferrara—, recuerde el título que le dije antes.

—Tibio témpano de nuestra calidez... —responde Cabello—. Una, dos... falta una muerte, ¿verdad?

—Déjate de calcular y decide. Tu investigación se irá a la mierda. Decida ahora, mi teniente.

Morena toma la píldora entre sus dedos y mira a Simona. Lágrimas escapan de sus ojos, pero se da cuenta de que está perdida por completo en el momento

que vive.

ACERCA DEL AUTOR

Daniel Alex Maturana Caballero nació en Rancagua, XI Región, el 24 de marzo de 1983.

Se graduó en Bioquímica en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y posteriormente realizó diversos posgrados en las áreas de educación e innovación.

A partir del 2010 se interesó por la cultura y sus efectos en los individuos, interés que decantó hacia la escritura de ensayos sobre el tema. Al mismo tiempo, asistió a talleres literarios para desarrollar su vena narrativa.

Las respuestas que la realidad no pudo proporcionarle las convirtió en el volumen de ciencia ficción *Paranoia en el tiempo y espacio*, del cual publicó una primera entrega llamada *Emisor y receptor* en Primeros Pasos Ediciones a finales de 2017, y en *Cuentos inesperados*, material autogestionado que incluye ilustraciones de numerosos artistas y fue publicado en digital en abril de 2018.

Tibio témpano de nuestra calidez se gesta durante estos años investigativos y experimentales. La novela invita a desentrañar una historia de persecución y culpa entre dos mujeres antagónicas enfrentadas en un mundo regido por el dominio masculino y las perversidades de la modernidad.

Actualmente cursa estudios sobre antropología sociocultural en la Universidad de Chile, mientras se desempeña como académico e investigador en Rancagua.

Contáctate con el autor a través de la [Agencia Aguja Literaria](#).